

El futuro bibliotecario

Hacia una renovación del ideal humanista en la tarea bibliotecaria

por
Roberto Casazza

Índice

Prólogo, por Horacio González

- I) El bibliotecario frente al espejo de la historia
 - I.1) La apertura humanista
 - I.2) La disyuntiva originaria: bibliotecario-custodio
vs. bibliotecario-estudioso
 - I.3) Los bibliotecarios y el estudio
 - I.4) Valor físico y valor ultrafísico del libro

- II) El ideal bibliotecario
 - II.1) Límites de la concepción instrumental
de la tarea bibliotecaria
 - II.2) El bibliotecario del futuro:
la enseñanza de Melvil Dewey
 - II.3) La bibliotecología como saber
teórico-práctico integral

- III) El bibliotecario ante la realidad
 - III.1) ¿Qué necesitan las bibliotecas argentinas?

- IV) Palabras finales

Prólogo

por Horacio González
(Subdirector de la Biblioteca Nacional – Argentina-)

La Biblioteca Nacional se complace en editar, como primer volumen de su serie *Ensayos & Debates*, el trabajo de Roberto Casazza, *El futuro bibliotecario*. Las artes del bibliotecario están sometidas hoy a un ostensible cambio de lenguaje. El idioma de la revolución informática –y el rastro de conceptos que la acompañan, como "sociedad del conocimiento", "soporte informático", "derecho a la información", etc.–, si bien pueden abrir nuevos temas a la crítica o a la reflexión, también pueden producir un involuntario abandono de partes sustanciales de una memoria bibliotecaria que de por sí, y desde hace milenios (pues de antiguo las bibliotecas acompañan el curso dramático de las culturas con su *propio* dramatismo), ha presentado el debate sobre cómo una biblioteca ha de establecerse, consultarse, interrogarse, visitarse, y trabajarse en ella.

Precisos conceptos, como el que acuñara Aby Warburg, "el libro que uno está buscando es el libro que está al lado del libro que uno va a buscar" –que Casazza trata con evidente simpatía–, proponen un cambio sensible en la relación entre la biblioteca y su usuario. Se trata de postular que toda búsqueda es incompleta e infinita; que una búsqueda puede culminar también en una ausencia; que la cultura se compone de una trama de relaciones insospechada y sorprendente de hallazgos y pérdidas; que muchas veces un descubrimiento ocurre luego de haberse imaginado que la investigación ya estaba satisfecha; que el lector debe hacer de su acceso físico a los libros un acto de descubrimiento que completa la angustia de privación que producen sus sustitutos digitalizados o microfilmados; que la visión espectacular de una biblioteca con sus libros enfilados en sus largos estantes –con el ordenamiento topográfico que sea– es de por sí un llamado a la felicidad y al agobio del conocimiento y la lectura.

Véanse las imágenes que acompañan a este libro: sin duda entre la máquina de catálogos bibliotecarios que es mostrada en la página 72 en el grabado de Agostino Romelli de 1588, y una microfilmadora, hay una continuidad de la imaginación técnica. Pero esa continuidad es un concepto que hay que constituir en sus alcances reales de crítica, legado cultural y cautela interpretativa.

Por cierto, Casazza no aboga a favor de ningún encierro en los criterios de la biblioteca que acompañó el ciclo histórico de las culturas pre-industriales y pre-informáticas. Pero señala el camino para que las novedades de la alianza técnica entre la herencia bibliotecaria de la humanidad y el mundo denso de las nuevas lenguas clasificadoras y catalogadoras no ignore su pasado hecho de los mismos problemas y posiblemente de las mismas y aún mayores agudezas al momento de preguntarse por las categorías de comprensión que dan forma a un archivo.

Ninguno de estos temas es ajeno al de las filosofías del entendimiento y al debate sobre los mundos categoriales y precategoriales del conocer –desde Kant a las fenomenologías del siglo XX– por lo que la biblioteca no es más que el reverso, el complemento y el vástago aparentemente calmo pero en realidad inquieto y rebelde, de todas las ideas filosóficas que convulsionaron a la humanidad.

El ideal del bibliotecario humanista por el que aboga Casazza no es otro que el de un gran proyecto de diálogo entre el legado de las bibliotecas antiguas y la visión del modo en que las bibliotecas modernas se hallan solicitadas por nuevos saberes técnicos e instrumentales. No se trata –dice– de que los libros permanezcan en custodia precisa sino de que se arriesguen al mundo, llevando consigo el saber específico sobre cómo han de ser protegidos, pero que con ese cuidado actúen en el mundo. Allí está el lector, que no solamente existe para devolver un libro a la consulta que prolonga su existencia entre los hombres, sino que él mismo –el lector– debe ser creado por la biblioteca y llamado dónde no podía quizás imaginar que iría. Una biblioteca verdadera, en verdad es la que recibe lectores y también los crea, recrea e inquiere.

No se trataría, pues, de asociar la biblioteca al modo en que proceden archivos y museos. Casazza, que postula a un bibliotecario que conducirá al libro de diversas maneras, y una de ellas consiste en la hipótesis de que el bibliotecario es el primer lector aún cuando sea, respecto a tal o cual libro, el último en leerlo o no lo haya siquiera frecuentado, nos dice que las bibliotecas perviven gracias a que sus funcionarios, empleados, su personal técnico, administrativo, etc. (y Casazza, como yo mismo ahora, somos trabajadores de la Biblioteca Nacional), son portadores del drama del libro, que es el drama de las culturas.

¿A la biblioteca, cómo la interrogo, cómo me vinculo con ella, cómo evitar el camino desafortunado de un vínculo errado, si no percibo que lo es, cómo sacar provecho del error de consulta o del acto de encontrar lo que no buscaba? La tesis de que lo importante es *el libro de al lado* –como el recuerdo de los viejos sistemas de clasificación, como el Jacques-Charles Brunet de 1809– lleva a interpretar las bibliotecas no sólo como órganos de consulta o como protectorados archiveros, sino como formas vivas de la cultura. El cuidado, en ellas, no será un *a priori* que inhibe el trato vital con sus tesoros, sino un acto real, y ahora sí efectivo, de relación del libro con el lector y con los enigmas del proceso de conocimiento.

Casazza, que además es un medievalista, resume estos aprestos –tomo aquí sus palabras, pero no necesariamente lo que aquí digo él deberá compartirlo, aunque sí lo digo inspirado por la lectura de su libro– bajo la clásica consigna de la *docta ignorantia*, esto es, el conocimiento que junto a su inevitable par, el desconocimiento, permite que sigamos aprendiendo. Quizás haya que discutir más, junto al giro que han tomado diversas filosofías contemporáneas, el papel del archivo, que Casazza ve como destino desaconsejable para las bibliotecas. Sin embargo, al ponerse ya el archivo como fuente del juego mismo de las culturas y de las preguntas últimas sobre la noción de *tiempo y sociedad*, adquiere una relevancia que sólo debería llevar a que se vean como la parte escindida y necesaria que complementa a las bibliotecas. No sería conveniente fusionar las dos ideas, pero tampoco apartarlas como destinos divergentes.

En fin, este libro de Casazza, que para la Biblioteca Nacional cubre con creces la posibilidad de retomar un hondo debate –cuanto más, saliendo de sus propias filas–, al recordar las historias bibliotecarias de las sociedades humanas y al indicar que las nuevas bibliotecas hijas de los ultimísimos lenguajes técnicos deben inspirarse seriamente en ese pasado –sin el cual no hay presente bibliotecario–, es una fuente educativa y filosófica esencial para hacer del oficio bibliotecario una sutil aventura intelectual. No podemos perder la oportunidad del debate que este pequeño, incisivo y relevante libro nos ofrece.

El futuro bibliotecario

Hacia una renovación del ideal humanista en la tarea bibliotecaria

por Roberto Casazza

"Es *pasado* el tiempo en que la biblioteca se parecía a un museo, en que el bibliotecario era una suerte de ratón entre húmedos libros y en que los visitantes miraban con ojos curiosos los antiguos tomos y los manuscritos. Es *presente* el tiempo en que la biblioteca es una escuela, en que el bibliotecario es en el más alto sentido un maestro y en que el visitante tiene la misma relación con los libros que el trabajador manual tiene con sus herramientas."

Melvil Dewey

I) El bibliotecario frente al espejo de la historia

I.1) La apertura humanista

El presente ensayo, cuyo principal objetivo es fomentar la discusión sobre el sentido de la tarea y la misión del bibliotecario, pretende fundamentar histórica y teóricamente la principal tesis en él propuesta, a saber, que para la salud de la tarea bibliotecaria en general, para los propios bibliotecarios en tanto *personas* en su más amplio sentido, para el desarrollo de la Nación de un modo integral y para el progreso general y armónico de las ciencias y las artes, resulta conveniente la formación de bibliotecarios humanistas, es decir, bibliotecarios que se hallen abiertos a la búsqueda del conocimiento, entendido éste como un fin en sí mismo, y que sean por tanto, en tal sentido, capaces de contribuir con su comunidad –aun bajo la modalidad bibliotecaria– como maestros en el más integral sentido de la palabra¹.

A nadie escapa que los bibliotecarios y las escuelas de bibliotecología del país se encuentran claramente en un proceso de introspección y, al mismo tiempo, de reformulación –o a menudo de autoesclarecimiento– de sus objetivos y funciones específicas, y resulta por ello mismo oportuna la reflexión (y la consecuente discusión) acerca del norte al que se ha de tender a fin de no perder el rumbo. Si en términos generales algo padece nuestra Nación es justamente la falta de un proyecto colectivo y ésta a su vez puede en parte ser explicada por la falta de un *ideal*. Si se ha de mejorar la calidad de la educación y la formación de los bibliotecarios del país, si se ha de esperar de ellos capacidades múltiples que no desdeñen los muchos problemas que hoy deben enfrentar en su tarea específica –teniendo incluso presente las pobres condiciones en que, en términos generales, desarrollan y desarrollarán en el futuro cercano su tarea–, lo

primero que ha de intentarse es esclarecer qué tipo de bibliotecarios se pretende promover². Para ello será, si no necesario, al menos útil a la hora de indagar acerca de ese ideal bibliotecario (aun cuando el mismo no pueda, en sentido absoluto, sustanciarse empíricamente) el aprovechar de la historia misma de las bibliotecas, la cual provee numerosos ejemplos de eminentes bibliotecarios que han prestigiado –y en la práctica definido– la esencia de la labor bibliotecaria.

Existe en su trazo grueso acuerdo en relación a lo que un bibliotecario es, i.e. "una persona que trabaja en o es responsable de una biblioteca", aunque lo mismo no ocurre con el atributo "humanista" aquí propuesto como complemento conveniente al ejercicio de la tarea bibliotecaria. En esencia, el humanismo es simplemente una actitud de apertura infinita al aprendizaje de todo lo digno de ser conocido y una disposición constante hacia el ejercicio de las artes y el incremento de la ciencia en general. El hombre de espíritu humanista aspira a alcanzar un muy pleno desarrollo de su humanidad, concibiendo a la felicidad como el ejercicio gozoso de las potencias específicamente humanas³. Hubo numerosos bibliotecarios que fueron grandes humanistas, reuniendo en sí mismos la pericia técnica y el amor por se al conocimiento. Contribuir a la revitalización de ese ideal y a la reformulación del mismo de acuerdo a los tiempos que corren es el objetivo principal del presente esbozo. Pero a su vez, el mencionado propósito no podrá ser alcanzado sin recorrer un camino conceptual que permita, entre otras cosas, a) reconstruir históricamente las condiciones de surgimiento de la figura del bibliotecario, b) describir y ejemplificar la tarea de grandes bibliotecarios, c) caracterizar al ideal bibliotecario aquí propuesto y rescatar las potenciales capacidades y virtudes de los bibliotecarios formados según la orientación pedagógica propuesta, y d) poner en consideración del lector, a modo de indagación sobre el fundamento y sin buscar alcanzar una forma prescriptiva definitiva, una serie de consideraciones relevantes sobre el valor del libro y sobre el sentido del aprendizaje que son complementarias al ideal bibliotecario aquí promovido.

I.2) La disyuntiva originaria: bibliotecario-custodio vs. bibliotecario-estudioso

Si se examina históricamente la figura del bibliotecario, se notará que a lo largo de los siglos ésta ha vivido una doble relación con lo conservado, y que, según se conciba la tarea de una u otra forma, se estará ante un tipo u otro de bibliotecario. El primer catálogo del que tenemos noticia fue el realizado por algún graduado de la Escuela de Escribas de Sumer hacia el año 3200 a. C.⁴. Más allá de las hipótesis tejidas en torno a las actividades de los bibliotecarios de Sumer, de cuya tarea casi nada sabemos, es posible conjeturar, teniendo presente que las bibliotecas sumerias eran fundamentalmente colecciones de testamentos y certificados de propiedad, que el perfil profesional de aquellos bibliotecarios sería cercano al que pueden revestir actualmente los asistentes de escribano.

Sólo muchos siglos más tarde, y con el desarrollo –fundamentalmente en la Grecia clásica– de una vasta literatura (filosófica, artística, científica, etc.) la tarea bibliotecaria fue desarrollada –en el ámbito mediterráneo– mayormente por hombres que eran no ya sólo clasificadores-ordenadores-curadores de piezas sino también estudiosos. Por ejemplo, Teofrasto (ca. 372-287 a. C.), el dilecto discípulo del Aristóteles, fue quien

heredó la conducción del Liceo una vez muerto el maestro y se ocupó entonces de compilar todas las obras del Filósofo, de editarlas y de cuidar de su biblioteca ⁵.

La tradición del bibliotecario-estudioso gozó de salud ininterrumpida hasta fines del siglo XIX, aunque hacia mediados del siglo XIV aparece una nueva actitud respecto del material escrito del pasado que será la bisagra fundante de la futura sistematización de los estudios bibliotecológicos. Con la figura de Petrarca, fundamentalmente, surge la figura del erudito bibliófilo, que comienza a mostrar los rasgos humanistas –en el sentido más restringido que adquiere la palabra cuando es referida a algunos intelectuales, especialmente italianos, del siglo XV– que se filtran íntegramente en la idiosincrasia de los hombres de letras renacentistas y modernos.

Fue justamente el afán humanista por el acopio, ordenamiento y estudio de libros lo que dio origen –como consecuencia de la natural complejidad de ese proceso– a la clasificación sistemática de piezas bibliográficas y también a síntesis diversas de dicha experiencia. Según la mayor parte de los historiadores de la bibliotecología este saber teórico-práctico integral ordenado a la organización y la conservación bibliográfica tiene su origen formal en un corpus literario específico, aunque algo amplio y amorfo a una, publicado tíbiamente ya durante la segunda mitad del siglo XVI y fundamentalmente durante el siglo XVII⁶. La publicación, en un lapso relativamente breve, de obras como el *Philobiblion* de Richard de Bury –obra originalmente escrita en el s. XIV–, el *Bibliothecae inventis* idea de Piere Blanchart, el *Idea bibliothecae viventis et mortuae* de Pere Leon, el *De bibliothecae Escurialis instructione* de Baptista Cardone, el *Musoeo* de Claude Clement, la *Dissertatio parenetica Bibliothecae Gandavensis* de Sander, el *Tableaux accomplis de tous les arts liberaux* de Christophe de Savigny, el *Systema bibliothecae collegii parisiensis societatis Iesu* de Jean Garnier, el *Advis pour dresser un Bibliothèque* de Gabriel Naudé, el *Reformed Library-Keeper* de George Dury, y otras obras de Justus Lipsius, Johannes Lomeier, Julius Caesar Scaliger, etcétera, de más amplios contenidos y temáticas pero que incluyen consideraciones biblioteconómicas, muestran que el brutal crecimiento de las colecciones bibliográficas durante los siglos XV y XVI produjo una nueva necesidad práctica, que claramente estaba llamada a ser cubierta por un profesional que dominara plenamente su técnica y pudiera resolver autónomamente los problemas concretos que se presentaran en los diversos procesos de ordenación del abundante material bibliográfico. Entre las obras que inauguran el género bibliotecológico se destaca el mencionado clásico de Gabriel Naudé, quien fuera bibliotecario de la Biblioteca del cardenal Mazarino, titulado *Advis pour dresser une Bibliothèque*, obra que fuera traducida luego al latín y al inglés.

La teorización sobre el arte de diseñar bibliotecas plasmó sus conceptualizaciones en magníficas bibliotecas. Un gran ejemplo de cómo el humanismo al frente de una biblioteca puede dejar una gran obra ocurrió (y de un modo acaso no superado hasta ahora) en el caso de la biblioteca que fundara el historiador del arte alemán Aby Warburg (1866-1929). Warburg, descendiente primogénito de una muy rica familia de banqueros de Hamburgo, cuando tenía apenas 9 años propuso a su hermano menor celebrar un pacto. Le ofreció cederle la primogenitura (y con ello la conducción de la banca) a cambio de que su hermano le comprara de por vida todos los libros que Aby quisiera. A pesar de lo extraño de la propuesta ambos hermanos cumplieron cabalmente el pacto y así el crecimiento de la *Kulturwissenschaftliche Bibliothek Warburg* reunió en torno de sí a magníficos intelectuales, lo que derivó en la fundación de la Universidad de Hamburgo

en 1911. La estructura de la Biblioteca Warburg, hoy albergada en el Warburg Institute en Londres, revela también cómo el interés de su fundador alcanzó una plena expresión institucional. Warburg entendía al arte fundamentalmente como una cristalización de la historia del espíritu. Para él, explicar una obra de arte era esclarecer las condiciones de su surgimiento, emparentarla con otras obras que presentan rasgos anticipatorios de tal o cual característica de la pieza analizada. Consecuentemente, el núcleo de la Biblioteca Warburg está constituido por la fototeca, pero como la explicación de toda imagen requiere –según Warburg– de algún texto histórico que de cuenta de ella, los pisos superiores a la fototeca han albergado, en sentido ascendente, según la particular concepción de Warburg, los libros de iconografía, literatura, historia, filosofía, teología y ciencias ocultas. Quienes realizan investigaciones sobre historia del arte (o sobre cualquier otra disciplina humanística) experimentan allí cómo la estructura física de la biblioteca imprime a la investigación misma la orientación histórico-cultural que Warburg quiso dar a sus estudios sobre arte.

Sin duda, otro muy acabado ejemplo de ello fue la magnífica Sala Redonda de la antigua sede de la Biblioteca Británica (mudada en 1998 a su nueva sede a sólo 500 metros de la antigua). Con una disposición que permitía recorrer ordenadamente todas las ramas del saber, los más de 200 metros de perímetro de la Sala permitían acceder abiertamente a los libros más importantes de cada tema de estudio y desde luego a obras de referencia. Sentándose a diario junto a la sección de libros de historia, Karl Marx, por ejemplo, escribió *El capital*⁸.

Era asimismo necesario que la visión humanista de la tarea "bibliotecaria" derivara históricamente en la concepción de la biblioteca como un universo de conocimiento llamado a adquirir compleja manifestación física tanto en la arquitectura como en la disposición de las obras. Hay abundantes ejemplos de ello, también en bibliotecas prehumanistas. En algunas bibliotecas cristianas y musulmanas, por ejemplo, las obras estuvieron organizadas según su relación con la palabra revelada. En las bibliotecas musulmanas se consideraba blasfemo colocar libros seculares en estantes superiores a los libros coránicos. Lo propio acontecía en bibliotecas cristianas medievales, donde los temas estaban catalogados según un orden jerárquico que comenzaba por las sagradas escrituras, continuaba con el *Manual de las sentencias de Pedro Lombardo* (se trata de un compendio de teología del s. XII), luego los comentarios a la obra del "Magister sententiarum", luego las obras de santos y doctores de la Iglesia, finalmente las selecciones y las antologías. A continuación se disponían las obras de los filósofos antiguos, luego los libros de medicina, artes liberales y jurisprudencia⁹.

Desde luego cualquier clasificación de la realidad tiene en su base un modo determinado de entender el cosmos, sin embargo son muy pocas las bibliotecas del mundo que revelan en su diseño una cosmovisión totalizante y jeraquizante del saber que permite una interpretación tanto de la materia que se estudia como de la tarea misma que se está realizando. Dicho de otro modo, no es lo mismo leer un libro que aparece sólo sobre un pupitre que leer una pieza que se revela allí como resultado de un esfuerzo colectivo por conquistar la ciencia. La tradición actúa en el segundo caso como un subsuelo del libro que impone al lector una lectura relacionada con esa visión holística del saber, dándole además, tácitamente, ricas herramientas de interpretación, y haciéndolo ipso facto parte necesariamente activa de esa misma tradición¹⁰.

En efecto, sólo en una etapa muy reciente la tarea del bibliotecario se convirtió en una tarea más bien técnica escindida de la búsqueda del conocimiento en sí mismo, más cercana a la figura de los bibliotecarios de Sumer¹¹. Sin embargo dicha consolidación de la figura del bibliotecario como técnico en clasificación y conservación bibliográfica ha sido a menudo revisada, principalmente en las universidades europeas, y se encuentra actualmente cuestionada por una concepción más integral y compleja de la tarea bibliotecaria, que se basa en el modelo del bibliotecario-estudioso¹².

I.3) Los bibliotecarios y el estudio

Una de las características de los antiguos bibliotecarios que con más nostalgia puede ser mirada desde la actualidad es el grado de formación en las diversas ramas del saber que tenían antaño quienes desarrollaban la actividad bibliotecaria. En la antigüedad y en el período helenístico no era imaginable que el tráfico de libros, y por lo tanto de conocimientos, pasara por manos de personas legas, y por ello mismo el curador de las piezas que eran soporte de conocimientos no podía ser otra cosa que un conocedor. En el pórtico de la Academia platónica estaba escrita la leyenda "έγεμ^οτ^ρητ^ω μ^ηδε^κω ε^φισ^οτ^ν", "nadie ingrese ignorando la geometría", por lo que bien podemos presumir que dentro de la Academia (institución que tuvo casi diez siglos de vida) los encargados de la clasificación de plantas, de fósiles de animales, de minerales y de piezas bibliográficas poseían al mismo tiempo una sólida formación científica y filosófica¹³. El Liceo, institución de también larga vida fundada por Aristóteles (ca. 384-322 a. C.), así como la Stoa y otras escuelas desarrolladas durante el helenismo tuvieron características similares a las de la Academia.

Cuando hacia el año 300 a. C. Tolomeo I, quien heredó una de las partes más ricas del vasto imperio de Alejandro Magno, fundó en Alejandría el Museion (Museo u Hogar de las Musas) no sólo reconoció inmediatamente la necesidad de adosar una biblioteca al centro de estudios, sino también la importancia de atraer hacia ella a los intelectuales más reputados de su tiempo. El Museo era una institución de carácter religioso –como tal era dirigida por un sacerdote– y reunía a hombres íntegramente dedicados al cultivo de las artes y las ciencias¹⁴.

El bibliotecario era designado por el rey y era también tutor de la familia real. Muchas veces los bibliotecarios aconsejaban al rey en cuestiones políticas o sociales, aunque estaban sustancialmente dedicados al cultivo de las ciencias. El primer bibliotecario de la Biblioteca de Alejandría, Zenodoto de Éfeso, contribuyó a los estudios literarios con una muy cuidada versión de la La Iliada y de La Odisea. Su sucesor, Apolonio de Rodas, escribió la Argonáutica, una obra épica basada en la leyenda de Medea. El sucesor de éste, Eratóstenes, acaso el más famoso de los bibliotecarios de Alejandría, fue apodado pentatlos (porque "estaba entrenado en cinco grandes campos del saber") y también, como consecuencia de su vasta ambición de conocimiento, beta (porque en cada uno de ellos "ocupaba un segundo puesto en maestría")¹⁵. Era poeta, filólogo, crítico literario, geógrafo, matemático y astrónomo. Su cálculo de la circunferencia de la tierra varía apenas trescientos kilómetros de la real. También escribió una muy documentada historia de la comedia antigua.

La fama de sus libros y de sus bibliotecarios y eruditos visitantes hizo de la Biblioteca de Alejandría un gran centro de estudios. Entre sus usuarios se encontraron el

geógrafo Estrabón, el historiador Diodoro Sículo y Hermipo de Esmirna, autor de una enciclopedia literaria que sirvió de base a las famosas obras bio-doxográficas de Diógenes Laercio y de Plutarco. La institución funcionaba además como garante de la transmisión de intereses y como instrumento de ejecución de empresas que por su naturaleza debían ocupar a más de una generación. Así, por ejemplo, la tarea crítica emprendida por Zenodoto fue continuada por sus tardíos sucesores, Aristófanos de Bizancio y Aristarco, quienes curaron a su vez las versiones homéricas de aquél cotejándolas con nuevos manuscritos adquiridos por la Biblioteca.

La Biblioteca, que funcionaba en un edificio anexo al museo y en constante comunicación con sus miembros, reunía textos griegos clásicos, así como también obras de ciencia e historia. Hacia el año 335 a. C., por orden del rey Tolomeo III Evergetes I, la Biblioteca comenzó a expropiar todos los libros que llegaban en barcos a Alejandría y, tras copiar los textos rápidamente, las piezas bibliográficas originales eran guardadas en la Biblioteca al tiempo que se retornaban las copias a su anterior poseedor.

De características semejantes fue la Biblioteca de Pérgamo (cuya escuela competía con la de Alejandría), la cual llegó a contar con 200.000 rollos, un quinto de los que se supone, llegó a poseer la biblioteca alejandrina. Su bibliotecario más reputado, Crates de Malos (fl. ca. 160 a. C.) fue geógrafo, crítico literario, incansable viajero y realizó una importante obra catalográfica.

La rivalidad entre las bibliotecas de Alejandría y de Pérgamo fue constante y llegó a acciones concretas de mutua hostilidad. El bibliotecario Aristófanos de Bizancio fue puesto en prisión en virtud de la sospecha que pesaba en su contra de que abandonaría Alejandría para trabajar en la Biblioteca de Pérgamo. Asimismo, refiere el historiador romano Varrón, los Ptolomeos prohibieron, para evitar el crecimiento de la biblioteca pergamense, la exportación de papiro a Pérgamo, lo que derivó en la fabricación del "pergamino", material escriturario basado en el cuero de animales, fundamentalmente vacas o cabras.

Cuando Julio César (100-44 a. C.) visitó, invitado por Cleopatra, la Biblioteca de Alejandría, inmediatamente concibió la idea de ofrecer a Roma un espacio equivalente para el desarrollo de las artes y las ciencias. Los años siguientes lo ocuparon en su lucha contra Pompeyo, pero cuando hubo dominado completamente el mundo romano (49 a. C.), convocó al polígrafo Marco Terencio Varrón (legado de Pompeyo en España) para que emprendiera una reforma integral de las pocas bibliotecas existentes en Roma y organizara una nueva biblioteca pública que contuviera un templo y dos salas, una para los autores griegos, otra para los latinos. Varrón había estudiado filosofía griega junto a Cicerón en Atenas y resultó célebre por su copiosísima producción, dejando más de 60 obras, divididas en 700 libros. Entre sus obras más prominentes se encuentran el *De re rustica*, el cual se conserva íntegramente, y las *Antiquitates rerum humanarum et divinarum*, que es un compendio histórico de todas las divinidades romanas, obra luego muy criticada por Agustín de Hipona en el libro IV de *La Ciudad de Dios*. También compuso una suerte de enciclopedia titulada *Disciplinae*, que incluye tratados dedicados a la gramática, la dialéctica, la retórica, la geometría, la aritmética, la astronomía, la medicina, la música y la arquitectura.

Esa impronta de conservación y cuidado de los textos escritos del pasado por parte de intelectuales la mantuvo Roma incluso durante el dominio godo. A comienzos del siglo VI, dos romanos eminentes, Flavio Aurelio Casiodoro (480-575) y Severino

Boecio (480-529), amigos además entre sí, hicieron mucho por la conservación bibliográfica, pero entendiendo justamente que el trasvasamiento de la cultura antigua al nuevo mundo en gestación pasaba principalmente por la revitalización de sus problemas y doctrinas más que por la mera conservación física de piezas, por la que además mucho hicieron. Boecio tradujo gran cantidad de obras de Aristóteles al latín y escribió comentarios a algunos de sus tratados. Tuvo Boecio una gran biblioteca personal, y tan fecundo fue en su esfuerzo de entregar la moribunda cultura filosófica al mundo naciente que el desarrollo posterior del pensamiento occidental debe muchísimo a su plenamente consciente obra de curador bibliográfico y transmisor de las riquezas conceptuales de la antigüedad¹⁶. Casiodoro, por su parte, soñó en su juventud con fundar una suerte de universidad romana, para lo que reunió libros de todas las disciplinas. Años más tarde fundó un monasterio en Vivario, al cual dio una fuerte impronta intelectual. Allí los monjes dedicaban gran parte de su tiempo al estudio y la biblioteca de Vivarium pronto alcanzó gran fama.

Aunque no proveniente de la intelectualidad romana (como Boecio y Casiodoro), Benito de Nursia fundó en el año 529, en Montecasino, una orden religiosa que también dedicó gran energía a la conservación del legado escrito. En el scriptorium de las bibliotecas benedictinas (y también de otras órdenes) miles de monjes transportaron (copiando pacientemente uno a uno los textos de la tradición clásica) la débil antorcha del saber de la antigüedad hasta la tierra firme de Gutenberg, cuando la reproducción masiva de textos impresos garantizó –al menos por algunos siglos más– la supervivencia de las obras del pasado.

En las bibliotecas medievales también se agudizó la impronta intelectual del bibliotecario al punto que los abades solían encargar la tarea bibliotecaria a los monjes con mayor experiencia, quienes eran a su vez responsables de establecer convenios de intercambio de piezas bibliográficas con otras abadías o monasterios. Los intercambios se daban a veces entre ciudades muy distantes, y a menudo se enviaba un escriba a otro monasterio para que copiara obras de tal o cual autor o tema. También era común el intercambio de catálogos bibliográficos entre diversos monasterios. El bibliotecario era igualmente un evaluador de la calidad del acervo bibliográfico de la institución y un impulsor de la copia de algunos manuscritos considerados indispensables, ora para la enseñanza de las artes liberales o para la práctica de la medicina, ora para la renovación litúrgica o para el ejercicio del derecho civil o canónico.

El desarrollo de la "bibliotecología" durante la edad media estuvo fundamentalmente ligado a la economía (material y espiritual) de las diversas instituciones y no cristalizó –salvo excepciones– en reglas o parámetros universales. En el siglo XIII, Richard de Fournival escribió un pequeño tratado titulado *Biblionomia*, en el que describe una biblioteca ideal y aconseja el uso de colores para identificar temas. Un siglo más tarde la Biblioteca de la Universidad de París fue organizada según principios similares¹⁷.

Durante la edad media hubo tanto en oriente como en el mundo árabe un desarrollo de bibliotecas (y de conductas relativas a ellas) paralelo al europeo, y en ambos ámbitos la figura del bibliotecario estuvo principalmente ligada al estudio más que a la custodia. El erudito chino Cheng Ch'iao (1103-1162) escribió un libro cuyo título *Jiao Chou lu* significa algo parecido a *Teoría de la ciencia bibliotecaria y bibliográfica*. En esa obra establece ocho métodos para reunir y comprar libros, los cuales han sido

citados y recomendados, particularmente en su ámbito cultural de origen, numerosas veces en los siglos siguientes. Cheng Ch'iao compara una biblioteca mal organizada con un ejército indisciplinado que disemina sus soldados, por lo que insiste en que la clasificación temática, pilar de toda buena biblioteca, debe ser realizada mediante un atento estudio de cada libro¹⁸

El mundo árabe vivió, desde su expansión en el siglo VII, un complejo proceso de lucha entre fe y razón (con el triunfo de la fe sobre la razón a partir del siglo XIII). Esa lucha tuvo gran influencia en la concepción de la biblioteca y en la consideración del bibliotecario. Durante el apogeo intelectual del mundo árabe –s. IX a XII– numerosos intelectuales tradujeron del siríaco y del griego las obras científicas y filosóficas de los grandes autores griegos. Esas obras permitieron un importante y autónomo desarrollo de la medicina (Hunayn ben Isaak, Costa ben Luca, Avicena), de la filosofía (Alkindi, Alfarabi, Avicena, Averroes), de la astronomía (Albumasar), etcétera, desarrollo que fue posible gracias a la cura, el ordenamiento y el estudio de manuscritos, práctica que permitió asimismo el surgimiento de ricas bibliotecas, custodiadas a su vez por bibliotecarios muy conocedores del contenido de sus piezas. Con el triunfo de la corriente religiosa a partir del siglo XIII la función del bibliotecario fue decayendo en nivel, convirtiéndose en hereditaria, al tiempo que la única exigencia para el oficio fue la de tener amplios conocimientos religiosos, por lo que fue reduciendo su responsabilidad, su salario y su prestigio. No es casual que en dicho proceso fuera transformada también la tarea misma del bibliotecario, concentrándose en el segundo período en el cuidado, la conservación y la preservación¹⁹.

Abundantes son también los casos de intelectuales del renacimiento que, amparados por algún príncipe, se ocuparon de la colección y estudio de tal o cual temática que interesara al mecenas de turno. Sobresale, entre muchos, el caso de Marsilio Ficino (1433-1499), a quien Cosme de Médicis entregara todos sus libros "platónicos" (escritos en griego) y le encomendara su traducción. Con el crecimiento de la biblioteca ficiniana en la Villa de Careggi, de cuya tarea se ocupó grandemente "il Ficino", se incrementó también la comunidad de platónicos florentinos al punto que Lorenzo el Magnífico, nieto de Cosme, consolidó la Academia Platónica de Florencia.

Por otra parte, el creciente proceso de intelectualización y cientifización de la nobleza produjo que una importante cantidad de hombres de letras se inmiscuyera en asuntos de gobierno y, viceversa, que hombres de gobierno tuvieran como alto interés la conformación de vastas bibliotecas²⁰. Un caso eminente de ello es el del inglés Thomas Bodley, benefactor de la biblioteca central de la Universidad de Oxford, hoy conocida como la Bodleian Library. Bodley fue pionero en la adquisición de manuscritos y libros en las más diversas lenguas, algunas de ellas casi desconocidas entonces en Inglaterra (griego, hebreo, turco, persa, chino), y en alguna medida esa iniciativa, sumada al apoyo que dio a numerosos intelectuales, convirtió con los años a Oxford en una de las capitales mundiales de la filología. La Biblioteca Bodleiana tuvo desde su comienzo una marcada impronta protestante, y una importante orientación científicista, abierta a todo tipo de estudios. El primer bibliotecario de Bodley, Thomas James, sostenía –lo cual ilustra la mayor apertura hacia nuevas ideas existente en el ámbito protestante que en el católico– que la mejor guía para la compra de libros de provecho era el *Index librorum prohibitorum*, publicado periódicamente por la Iglesia Católica, la cual, bajo la influencia

de la Contrarreforma, veía entonces en el progreso de la ciencia un peligro para la vigencia de la religión cristiana²¹.

Igualmente Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716) desarrolló una parte importante de su monumental obra filosófica y científica trabajando como bibliotecario en la Herzog-August-Bibliothek Wolfenbüttel. Su experiencia como bibliotecario la inició en la biblioteca de Johann Christian von Boineburg, quien fuera ministro del arzobispo y elector de Maguncia, cuando siendo aún muy joven le fuera encargada la preparación de un catálogo ordenado por materias. En el año 1672 viajó a París, donde tomó contacto con los bibliotecarios y hombres de letras Nicolás Clement y Etienne Baluze, y con otros científicos y filósofos. En 1676, tras arribar a Hannover, fue nombrado bibliotecario e historiador de la corte del duque Johann Friedrich de Braunschweig-Lüneburg, y poco después fue nombrado bibliotecario de la exquisita biblioteca que el ducado poseía en la aún hoy pequeña ciudad de Wolfenbüttel, cargo que ocupó hasta su muerte ocurrida cuarenta años más tarde (aunque cuatro o cinco de esos años los dedicó a viajar y a discutir personal y epistolarmente con otros savants europeos sobre diversas materias filosóficas y científicas)²². El bibliotecario Leibniz se ocupó personalmente de la compra de libros para ambas bibliotecas y logró asimismo para la Biblioteca de Wolfenbüttel el traslado a un nuevo edificio que permitía el acceso de luz natural. Leibniz conoció la famosa obra de Gabriel Naudé, *Advis por dresser une Bibliothéque*, y en varias de sus obras expone –aun cuando no haya escrito un tratado sistemático– ricas ideas sobre bibliotecas, sobre libros valiosos y sobre el modo más adecuado de aprovechar de ellos y de ordenarlos. Para Leibniz, el valor de una biblioteca no se mide por sus rarezas sino por el contenido de sus obras, ya que entiende al libro como un instrumento de la ciencia y a ésta como una *conditio sine qua non* de la mejora del hombre mismo. Los libros que no aportan al progreso de la ciencia –en el amplio sentido que tiene esa palabra en el siglo XVII– acaso no hacen más que ocupar precioso lugar físico y, eventualmente, confundir a los lectores. De hecho Leibniz otorgaba más valor a un buen tratado de agricultura que a los numerosos volúmenes de exponentes redundantes de la literatura clásica –a la que conocía magníficamente bien y amaba profundamente–. Al igual que en el caso de Platón (cuya versión del valor de lo escrito comentaremos en seguida en detalle), no es la de Leibniz una actitud de desprecio –en términos absolutos– hacia lo impreso sino de plena conciencia de que no todo lo que alcanza el papel tiene el mismo valor, idea que acaso resulte extraña al bibliotecario del siglo XXI, pero que es necesario revivir. El bibliotecario debe, según Leibniz, procurar contar con un presupuesto adecuado y adquirir en la medida de lo posible las obras más valiosas entre las publicadas recientemente, así como también organizarlas eficientemente para que sean de fácil acceso mediante catálogos tanto de autores como de materias. Gottfried Leibniz diseñó asimismo un sistema de clasificación (heredero del de Naudé en gran medida) y propuso la publicación (la idea se concretó de algún modo en la universalización del ISBN y del ISSN) de un periódico de vasta difusión que recogiera cada seis meses los títulos de las nuevas publicaciones existentes. Para ello era indispensable que las recientemente creadas sociedades científicas de la mayor parte de las naciones europeas trabajaran mancomunadamente en dicha empresa²³. No muy diferente a la de Leibniz fue la relación que tuvo Immanuel Kant (1724-1804) con la actividad bibliotecaria²⁴. Ante nada es conveniente destacar que Kant persigue la obtención de un puesto como bibliotecario justamente como espacio apropiado para el

estudio (y de ningún modo ha de interpretarse en ello una traición a la tarea asumida). Tal como Ernst Cassirer señala, en una carta dirigida al Príncipe el 24 de octubre de 1765 Kant se presenta como competente para el cargo en razón de "conocer la literatura", y declara su interés por tener acceso a la bibliografía científica y, por supuesto, también al sueldo de 60 táleros anuales. La carta dirigida al Príncipe dice así²⁵:

Königsberg, 24 de octubre de 1765

Nobilísimo poderosísimo rey,
clementísimo rey y señor:

Puesto que el consejero áulico Goraiski ha dejado el cargo que hasta ahora tenía, de subbibliotecario de la biblioteca del palacio en esta ciudad, dirijo a vuestra majestad real mi humildísimo pedido de que, confiriéndome ese cargo, me conceda una anhelada oportunidad de servir al Estado y también una graciosa ayuda para aliviar mi muy menesterosa subsistencia en la universidad de este lugar.

La muy favorable voluntad que con respecto a mí vuestra real majestad ha querido expresar en el benévolo escrito dado en Königsberg el 16 de noviembre de 1764 me hace esperar que éste mi humildísimo pedido será favorecido con su altísima y clementísima aprobación.

Con la más profunda devoción,

el más humilde servidor
de vuestra Real Majestad,
Immanuel Kant

Kant cumplió con máximo celo sus funciones como bibliotecario auxiliar en el palacio real de Königsberg ("Hilfsbibliothekar im königlichen Schloß"), cargo al que renunció en mayo de 1772²⁶. La apreciación de Arsenij Gulyga nos ofrece otros matices de esa experiencia: "Kant no tuvo más remedio que contentarse con que se le adjudicase, a petición suya, el cargo de subdirector de la biblioteca del palacio real de Königsberg, retribuido con un sueldo anual de 62 táleros [...]. Sabemos que sirvió durante varios años este cargo –que por la incapacidad de su superior, el bibliotecario Bock, echaba sobre sus hombros todo el trabajo que la dirección de la biblioteca imponía– con el celo y la puntualidad que ponía en todo, lo mismo en lo pequeño que en lo grande. Y sólo solicitó que se le relevara de aquel puesto en abril de 1772, dos años después de haberle sido adjudicada su cátedra como profesor titular, alegando que no podía hacer aquellas tareas compatibles con sus nuevas obligaciones académicas y con la distribución de su tiempo". Sus tareas en la biblioteca no se limitaban al ordenamiento de libros y al cuidado de los ricos volúmenes que a él llegaban. Más allá de esa actividad, que cumplía con eficiencia, en esos años maduró, recorriendo los tradicionales tratados de lógica y otros que presentaban las filosofías de Wolff y de Leibniz, su crítica a la metafísica tradicional y su "revolución copernicana", hito fundacional de la filosofía idealista.

Los casos de Leibniz y Kant no son aislados entre los pensadores y literatos modernos. Goethe (1749-1832) fue bibliotecario en la corte de Weimar y en la Universidad de Jena. Christian Gottlob Heyne (1729-1812), eminente historiador de la literatura clásica que dejó una cantidad importante de estudios sobre Homero, Píndaro, Virgilio, etcétera, dirigió brillantemente la Biblioteca de la Universidad de Göttingen. El caso de este filólogo clásico es particularmente interesante por su colosal, planificada y constante obtención para su biblioteca, ya a través de la compra, ya a través de la

solicitud de donaciones, de piezas bibliográficas cuidadosamente seleccionadas. Entre sus recomendaciones se encuentran la de evitar la compra de libros lujosos "sólo aptos para la ostentación", y la de procurar que las adquisiciones abarquen la totalidad de las ciencias y las artes²⁷. El crecimiento sostenido de la Biblioteca de la Universidad de Göttingen hizo de ella la mejor biblioteca de Alemania. Durante la gestión de Heyne la Biblioteca pasó de 60.000 a 200.000 piezas bibliográficas y entre 1777 y 1787 se completó el catálogo alfabético, cuya publicación fue solicitada, en virtud de su calidad, por otras bibliotecas universitarias²⁸.

El italiano Antonio Panizzi (1797-1879) llegó como exiliado político a Inglaterra, donde desarrolló una gran obra bibliotecaria en la British Library. Panizzi sumaba a sus dotes como gran conocedor de las colecciones (de hecho había servido durante casi veinte años, entre 1837 y 1856, como Keeper of Printed Books) una gran visión histórica de la importancia de las bibliotecas. Durante su gestión logró que el Parlamento otorgara a la Biblioteca £ 10.000 para compra de libros, y durante algunos años debió devolver tres cuartas partes de ese dinero ante la imposibilidad de albergar los libros que planeaba comprar. Tras convencer a los representantes de la urgencia de ampliación de la Biblioteca obtuvo del Parlamento una partida especial de £ 150.000 para la construcción de la magnífica Sala Redonda, con su Iron Library anexa para almacenaje de los libros. La Sala, diseñada por el ingeniero Sidney Smirke, fue inaugurada en 1857 y actualmente es considerada una de las mirabilia Londini. De carácter combativo y entusiasta, la impronta de Panizzi quedó también reflejada en sus Ninety-one Rules of Cataloging, que son consideradas la base de las reglas anglo-americanas. Panizzi fue Principal Librarian de la British Library entre 1856 y 1866. Su edición anotada del Orlando Furioso es igualmente prueba de su capacidad como crítico literario. En 1932, el joven Panizzi sintetizó así su ambición como bibliotecario: "Quiero que el estudiante pobre tenga los mismos medios para satisfacer su curiosidad intelectual, para perseguir sus propósitos racionales, para consultar las mismas autoridades, para llevar adelante la más intrincada investigación, que el hombre más rico del reino"²⁹.

El trasvasamiento de la cultura europea a América derivó en un intento, por lo general fallido, de recrear las condiciones de estudio europeas en el nuevo continente. En nuestro país el proyecto de Sarmiento (un magnífico lector y gran amante de los libros y de las bibliotecas) había preparado el terreno para el florecimiento de bibliotecarios que reunieran las características de Paul Groussac (1848-1929)³⁰. El joven Groussac comenzó su experiencia en la administración pública siendo inspector de escuelas en el norte del país, y siendo aún joven, le fue encargada en 1884 la dirección de la Biblioteca Nacional. Groussac realizó una obra fundante para la institución, propiciando el crecimiento de las colecciones en las más diversas materias, creando los primeros catálogos metódicos (i. e. temáticos) y obteniendo para el país documentos de relevante valor para la reconstrucción de la historia colonial. Él mismo escribió importantísimas obras históricas, entre ellas, Santiago de Liniers (1907) y Mendoza y Garay (1917). Para la confección de esta última obra utilizó Groussac los documentos coloniales relacionados con el Río de la Plata que un empleado por él enviado a Sevilla transcribiera –junto a un grupo nutrido de copistas sevillanos– en el Archivo General de Indias. Esa colección de documentos, denominada "Gaspar García Viñas" en honor al emisario, es una magnífica prueba de cómo el compromiso intelectual del bibliotecario da forma a la biblioteca y de cómo ese compromiso abre a la vez vastos campos de estudio para los continuadores de esa misma

tradición. A partir de la publicación de la obra de Groussac, numerosos historiadores tomaron el hábito de consultar en la Biblioteca Nacional la nueva colección de copias de documentos sevillanos. Groussac era también muy consciente de la importancia de la tarea del bibliógrafo para el avance de los lectores en el estudio, y es sin duda ése el mayor móvil de la pesadísima tarea que acometió hacia 1890: la publicación de un catálogo metódico de todos los libros de la Biblioteca Nacional (empresa que supervisó personalmente con máximo rigor). Teniendo siempre en mente la utilidad para el lector, recomendaba para la catalogación elegir un método claro y sencillo que a través de clasificaciones usuales responda a las analogías más naturales y evidentes³¹. No es el catálogo el encargado de servir a los lectores, según Groussac, sino los libros contenidos en el catálogo, los cuales hablan por sí mismos. El bibliotecario debe asimismo evitar convertirse en un "Bacon de trastienda" (lo cual es considerado por Groussac como una pedantería), en alusión a la posible voluntad de complejizar las clasificaciones olvidando la función del bibliotecario como mediador entre el libro y el lector³².

Más cercano todavía a nosotros, y ya también dentro de nuestra propia Biblioteca Nacional, puede ser incorporada a esta tradición del bibliotecario-estudioso la rica experiencia que Jorge Luis Borges (1899-1986) tuvo como bibliotecario. Borges fue director de nuestra Biblioteca Nacional entre 1955 y 1973. En esos años, en los que escribió magníficos cuentos (*La intrusa*, *Historia de Rosendo Juárez*³³, *El evangelio según san Marcos*, *El informe de Brodie*), libros de poemas (El hacedor; El oro de los tigres; El otro, el mismo), y compuso el memorable Poema de los dones, tuvo el bibliotecario Borges por tarea principal el estudio de las lenguas anglosajonas³⁴. Allí, en la calle México, en el despacho del director en el primer piso del elegante edificio, un grupo no demasiado nutrido de estudiantes se reunía con ese hombre mayor, ciego, algo tartamudo, a estudiar varias lenguas muertas y sus ricas literaturas. Es justamente ese permanente *deseo de aprender* lo que caracterizó al Borges bibliotecario³⁵. Si bien es cierto que la gestión de Borges como director de la Biblioteca Nacional descansaba sobre la eficiente tarea técnica de otros bibliotecarios, y quizás por ello pudo ser Borges un bibliotecario intelectual, no debe sin embargo dejar de servir de ejemplo respecto de un arraigado prejuicio bibliotecario que, según mi consideración, sería bueno desterrar. A ese prejuicio me referiré detalladamente en uno de los siguientes apartados.

I.4) Valor físico y valor ultrafísico del libro

La historia de la bibliotecología en tanto saber teórico-práctico de carácter autónomo es mucho más reciente que la historia de las bibliotecas y que la de los bibliotecarios. Sin embargo, el relativamente reciente afianzamiento del status epistemológico específico de ésta ha acentuado más bien su carácter técnico, perdiendo con ello la integralidad que caracterizaba al oficio bibliotecario en sus orígenes, integralidad que implicaba fundamentalmente una amplia y voraz disposición a aprender y una concomitante conciencia de la propia ignorancia. Efectivamente, el crecimiento de las colecciones bibliográficas ha obligado a prestar mayor atención a los problemas de almacenamiento, identificación y traslado de piezas, pero ese proceso no debía necesariamente conducir a la disolución del afán enciclopedista del bibliotecario, con su consecuente ordenamiento mental (y luego físico) del conocimiento objetivado. El riesgo de la pérdida de esa integralidad no es menor. El divorcio cada vez creciente entre el

orden de la información y el valor de la información producirá, cuando dicha separación alcance su máxima expresión, una nueva forma de ceguera, que, al ser explicada, se adjudicará, erróneamente, más bien al exceso de luz que a la atrofia del órgano. (Una tal experiencia suele ser sufrida a menudo durante las búsquedas en Internet: la información infinita provoca –de no mediar alguna acción ordenadora por parte del cibernauta– ante nada una angustia infinita.) Sólo una fina tamización conceptual de esa vastedad, la cual no será adquirida por el bibliotecario si no concentra su energía en el conocimiento mismo más que, como suele ocurrir, en el soporte físico o virtual de éste, permitirá producir los filtros necesarios para que la infinita luz de la información tome las recortadas formas necesarias para su incorporación en cualquier estructura psicognoseológica. La experiencia de estudio es diferente a la experiencia de colección de información y sólo si el bibliotecario es también un hombre de estudio será capaz de mostrar a otro que está estudiando el escondido atajo hacia el saber. Caso contrario proveerá con suerte información, pero incapaz de evaluarla, no habrá cumplido su función social, que es fundamentalmente la de reunir al que no conoce con su objeto de estudio. Por otra parte, es menester cuanto antes integrar al bibliotecario en una nueva red (hoy inexistente) de conocimientos al modo de lo que en el renacimiento tardío se conoció como res publica litteraria. La publicación de una obra era entonces ofrecida a la comunidad de estudiosos del orbe y eran más que frecuentes las cartas entre autores discutiendo tal o cual asunto recientemente publicado. La incorporación de una obra a cualquier biblioteca era también un acto de anexión de una nueva provincia a esa vasta república espiritual en continuo crecimiento³⁶.

Una tal actitud de permanente evaluación de la calidad científica o literaria del papel impreso recibido en una biblioteca es imprescindible puesto que el máximo peligro que enfrenta el aspirante a bibliotecario es confundir información con conocimiento, la posesión física de piezas bibliográficas o virtual de unidades de información con la incorporación real de un aprendizaje. Platón (ca. 428-347 a. C.), uno de los más excelsos y profundos escritores de la antigüedad –y enseguida se comprenderá por qué motivo se destaca aquí esa actividad suya–, echando mano de un antiguo mito egipcio referido en su diálogo Fedro 274c-275a, rechaza el invento de la escritura sosteniendo que la confianza en que lo transmitido oralmente pueda ser recuperado a través de la lectura traerá a las futuras generaciones la pérdida definitiva del muy saludable ejercicio de la memoria. El mito, que ha de ser interpretado con máximo equilibrio a fin de no confundir el mensaje del filósofo, dice, en boca de Sócrates, así:

Pues bien, oí decir que vivió en Egipto en los alrededores de Naucratis uno de los antiguos dioses del país, aquél a quien le está consagrado el pájaro que llaman Ibis. Su nombre es Theuth y fue el primero en descubrir no sólo el número y el cálculo, sino la geometría y la astronomía, el juego de damas y los dados, y también las letras. Reinaba entonces en todo Egipto Thamus, que vivía en esa gran ciudad del alto país a la que llaman los griegos la Tebas egipcia, así como a Thamus le llaman Ammón. Theuth fue a verle y, mostrándole sus artes, le dijo que debían ser entregadas al resto de los egipcios. Preguntóle entonces Thamus cuáles eran las ventajas que tenía cada una y, según se las iba exponiendo aquél, reprochaba o alababa lo que en la exposición le parecía que estaba mal o bien. Muchas fueron las observaciones que en uno y en otro sentido, según se cuenta, hizo Thamus a propósito de cada arte, y sería muy largo el referirlas. Pero una vez que hubo llegado a la escritura, dijo Theuth: "Este conocimiento, oh rey, hará más sabios a los egipcios y aumentará su memoria". Y aquél replicó: "Oh, Theuth, excelso inventor de artes, unos son capaces de dar el ser a los inventos del arte, y otros de discernir en qué medida son ventajosos o perjudiciales para quienes van a hacer uso de ellos. Y

ahora tú, como padre que eres de las letras, dijiste por cariño a ellas el efecto contrario al que producen. Pues este invento dará origen en las almas de quienes lo aprendan al olvido, por descuido del cultivo de la memoria, ya que los hombres, por culpa de su confianza en la escritura, serán traídos al recuerdo desde fuera, por unos caracteres ajenos a ellos, no desde dentro, por su propio esfuerzo. Así que, no es un remedio para la memoria, sino para suscitar el recuerdo lo que es tu invento. Apariencia de sabiduría y no sabiduría verdadera procuras a tus discípulos. Pues habiendo oído hablar de muchas cosas sin instrucción, darán la impresión de conocer muchas cosas, a pesar de ser en su mayoría unos perfectos ignorantes, y serán fastidiosos de tratar, al haberse convertido, en vez de en sabios, en hombres con presunción de serlo.

Platón, un hombre que vive en una época en que el intercambio económico de libros es ya un hecho de considerables proporciones, recoge este mito no en primera instancia como rechazo absoluto al valor de la transmisión textual sino más bien como advertencia (de hecho el Fedro es un diálogo que trata sustancialmente sobre el arte de componer discursos) de que la escritura debe estar al servicio del conocimiento y que, si ello no ocurre, la escritura no sólo no sirve para nada, sino que resulta incluso contraproducente³⁷. En efecto no hay nada más banal y presuntuoso que quien cree conocer aquello que no conoce. Platón en otros de sus diálogos se ocupa de desenmascarar a personajes de esta índole. Por ejemplo, en el Eutifrón, el personaje homónimo resulta ridiculizado cuando Sócrates le demuestra que, creyendo él (Eutifrón) saber lo que es la piedad no es en absoluto piadoso. Lo mismo vale para todo otro conocimiento, y en ese sentido la apropiación y acumulación de libros ha operado tradicionalmente como un excelente camuflaje de la ignorancia. El bibliotecario, más que nunca, debe ser sumamente consciente de lo que el libro puede y lo que el libro no puede dar, y debe también saber que el cuidado del libro debe ser secundario en relación al cuidado del espíritu³⁸. Una tal actitud, lo llevará seguramente a tener una disposición diferente respecto del acceso del lector al libro. El libro es de la humanidad, no es ni del autor, ni del librero ni del bibliotecario, y como tal debe ser ofrecido a los hombres y mujeres que lo requieran. El recelo por la custodia del libro en lugar de lograr lo que supuestamente se propone, a saber, la reserva de la memoria colectiva, produce una mayor ignorancia respecto del pasado³⁹.

II) El ideal bibliotecario

II.1) Límites de la concepción instrumental de la tarea bibliotecaria

He mencionado anteriormente la existencia de un prejuicio que limita el desarrollo del bibliotecario. Ese prejuicio puede enunciarse así: "El bibliotecario es un instrumento del investigador". Es justamente la concepción instrumental del bibliotecario la que condena a quienes son formados desde una tal perspectiva a no poder servir plenamente al fin que, se supone, intentan servir. ¿Cómo ha de evacuar una duda sobre física un bibliotecario que no conozca mínimamente los rudimentos de esa ciencia? ¿Cómo ha de asesorar un bibliotecario a quien busque por ejemplo obras que retraten la influencia del arte de la antigüedad clásica en el renacimiento, si no conoce al menos aspectos básicos de la escultura clásica y las principales obras pictóricas y escultóricas de

Rafael, Miguel Angel o Leonardo? Ello no implica que el bibliotecario deba conocer todo, o que en toda biblioteca deba haber especialistas en todas las ciencias. Lo que aquí se expresa es sólo una orientación, una dirección en la que sería saludable avance la formación de bibliotecarios. En una institución en la que el trato con estudiosos y conocedores de diversas ramas del saber es frecuente, el progreso en la ciencia y en el arte es más constante, aceitado y profundo. El bibliotecario debe procurar ser por lo menos una persona muy culta, y, mejor aún, una persona especialista en alguna rama (o en varias) del conocimiento humano. Imaginemos una biblioteca de grandes dimensiones, con treinta o cuarenta bibliotecarios que sean al mismo tiempo matemáticos, historiadores, químicos, arquitectos, médicos, etcétera. Acaso suene extraño un pensamiento tal, pero las buenas bibliotecas (hay actualmente muchas en Europa, en Norteamérica y también algunas en nuestro país) no han sido y no son otra cosa que eso⁴⁰. Sólo llega a ser una buena biblioteca aquella que crece como resultado de una tradición de estudio, aquella que está poblada de personas que conocen los libros de esa misma casa de estudio. El proceso raramente ocurre de modo inverso, es decir, que producida la adquisición y el ordenamiento de los libros se produzca el estudio. De no recuperarse el antiguo *modus crescendi* de las bibliotecas, las futuras se parecerán más a depósitos de libros o, en el mejor de los casos, a librerías donde empleados con acceso al catálogo on-line dirán si tal libro está o no está, sin capacidad alguna de participar de y eventualmente colaborar en la dificultad heurística de quien está llevando a cabo la búsqueda. Si bien no es posible afirmar (sin demostrar con ello gran ignorancia) que ningún libro es irremplazable, puede sostenerse con certeza que casi todos los libros existentes –en particular en el campo de la investigación– pueden ser reemplazados por otra pieza bibliográfica (para ello resultarán fundamentales los conocimientos metabibliotecológicos que posea el bibliotecario consultado)⁴¹.

Por lo demás, la experiencia de estudio y de investigación es siempre una experiencia singular (de allí también su inmenso valor para el individuo y la necesidad de que la misma sea socializada mediante la publicación de sus resultados) y el bibliotecario está llamado a ser partícipe activo en la dolorosa conquista social del conocimiento, lo cual sólo podrá ser cumplido con plenitud abandonando la concepción instrumental de la tarea bibliotecaria, la cual –refugiada en conocimientos limitados y seguros– priva al bibliotecario así autoconcebido de un enriquecimiento vital de ilimitada proyección⁴². Esa misma concepción instrumental de la tarea bibliotecaria concibe a la propia biblioteca como medio (en lugar de hacerlo como recurso), y en su correlato empírico suele darse acompañada de una restricción en su acceso sólo para quienes puedan acreditar que el trabajo a ser realizado tiene un fin, concepto desde luego funcional a la noción de medio⁴³. Muy probablemente no estamos en condiciones de advertir ni la dimensión de las consecuencias ni la densidad y complejidad del resultado nocivo que tal concepción dominante de la investigación y del acceso a fuentes de información tiene sobre nuestras presentes sociedades.

II.2) El bibliotecario del futuro: la enseñanza de Melvil Dewey

No es imposible que el relanzamiento del ideal del humanismo en la tarea bibliotecaria despierte cierta incomodidad entre quienes desarrollan la actividad desde hace años o entre quienes han recibido una educación eminentemente técnica. Más que

nunca es entonces necesario mantener serenidad de pensamiento para distinguir con precisión lo que implica y lo que no implica el proponer aquí como ideal, es decir, como dirección en la que resultaría provechoso ordenar la acción, la formación de bibliotecarios humanistas. Si bien es cierto que implica privilegiar el estudio a la acumulación de información y el amor por el conocimiento a la mera capacitación técnica en la búsqueda, el privilegio del perfil humanista del bibliotecario no implica una apología del desconocimiento de técnicas de catalogación o de sistemas de clasificación, y mucho menos el rechazo a instrumentos derivados del desarrollo de nuevas tecnologías. De la exhortación a que el bibliotecario procure producir trabajos de investigación en alguna rama del saber (que puede muy bien ser también la bibliotecología) no se desprende que esté autorizado a desconocer las reglas de catalogación o de descripción bibliográfica (Vaticanas, AACRI, AACRII, ISBD), ni que tenga derecho a descuidar su conocimiento de sistemas de clasificación (Brunet, Hartwig, SCDD, CDU, LCC, Regensburg Classification Scheme), aun cuando el ejercicio de la profesión actualmente no le exija con gran frecuencia su uso. También ha de conocer en lo posible los diversos formatos estandarizados para el registro bibliográfico (MARC, UNIMARC, FOCAD, CEPAL, etc.) y la dinámica de bancos internacionales de registros bibliográficos (OCLC). Que el universo de Internet resulte confuso (y hasta angustiante) no autoriza al bibliotecario a ignorar sus múltiples selvas. Por el contrario, como buen baquiano, ha de saber abrirse paso por entre el espesor de los frondosos bosques virtuales y llegar a destino con pericia, no perdiendo nunca el fin con que se lanzó a la búsqueda. Del mismo modo, el bibliotecario que aspire a conocer bien las existencias de un fondo bibliográfico, no sólo ha de saber cómo han sido catalogados los libros en los últimos años sino que ha de conocer también (y bien) la historia de la catalogación en general y de la institución que las alberga en particular.

Igualmente necesario es estimular la particularidad de cada aspirante a bibliotecario. Lo común sólo es reconocible (y valorable precisamente en tanto mediador de la comunicación) en lo diverso, por lo que el carácter uniforme de la educación resultará enriquecido mediante el fomento y desarrollo del carácter individual de cada aspirante a bibliotecario. Inquietudes que tienen su origen en el carácter particular o en la biografía de cada persona pueden ser potenciadas si son estimuladas. De tal forma, si un aspirante a bibliotecario se encuentra interesado en la preservación ha de ser apoyado a través de prácticas profesionales mediante las cuales resulten desarrolladas sus inquietudes. Si, por ejemplo, a algún bibliotecario en formación le inquieta la legislación en torno al universo del libro ha de estimularse su aptitud e interés para con las cuestiones legales relacionadas con el mundo del libro, sin reparar demasiado en la aplicación concreta e inmediata que los conocimientos adquiridos o la protoinvestigación desarrollada puedan tener. La formación de bibliotecarios debe ser diseñada no tanto en función de las necesidades inmediatas de las instituciones existentes sino más bien procurando proveer profesionales idóneos para la solución de problemas futuros, ignorados naturalmente en su carácter de aún no planteados, y debe hacérselo desde la confianza en que la propia dinámica vital (a través de sus invisibles senderos) irá aprovechando del mejor modo posible las particularidades estimuladas, las que se verán favorecidas en la medida en que la formación se concentre más en desarrollar habilidades y capacidades anímicas que en la acumulación de información acrítica o pasible de ser dogmatizada. No sería de extrañar que un bien formado bibliotecario-jurista participe

algún día de una profunda modificación y mejora del control de publicaciones de la Nación o de la efectiva puesta en funcionamiento de, por poner un ejemplo, la a menudo avalada legalmente pero nunca cumplida publicación de la bibliografía nacional argentina. Imaginemos una nación nutrida por bibliotecarios-informáticos, bibliotecarios-físicos, bibliotecarios-historiadores del arte, bibliotecarios-herbolarios, bibliotecarios-médicos, bibliotecarios-arquitectos, e imaginemos luego a esa masa de especialistas recorriendo las ciudades e insertándose laboralmente donde sean convocados, o donde puedan o allí donde su interés los dirija. En los lugares adecuados esos intereses y aptitudes florecerán y con mayor facilidad todavía desarrollarán sus tareas de servicio y de docencia, formal o informal, según les toque en suerte.

Así, finalmente, unas pocas palabras han de bastar para caracterizar al bibliotecario propuesto desde la perspectiva aquí fundamentada. Ante nada tal bibliotecario deberá tener presente que es un profesional al servicio del lector, no al servicio del libro⁴⁴. En ese sentido procurará considerar al libro como el instrumento máspreciado de ese servicio. Como guiar al lector será su principal objetivo, procurará mejorar permanentemente su formación humana y profesional, y ello en particular relación con el perfil específico que su institución requiera. Entretanto no olvidará jamás el estudio de alguna disciplina que le resulte afin, y procurará repartir su tiempo entre la atención al público y el aprendizaje de nuevas técnicas y materias. Será asimismo capaz de encarar proyectos institucionales que excedan lo estrictamente bibliotecológico o bibliotecario, y no temerá involucrarse en asuntos prácticos, aun teniendo que enfrentar problemas de índoles que le son en principio desconocidas. Sólo así el bibliotecario podrá cumplir un servicio pleno para con su comunidad, de lo contrario correrá el riesgo de convertirse en un innecesario beneficiario de ésta. Tales bibliotecarios han de poseer también una gran capacidad de adaptación (pero ello no como virtud absoluta sino como virtud funcional a su actitud de servicio y de apertura al continuo enriquecimiento personal), ya que los permanentemente cambiantes instrumentos técnicos le demandarán habilidades permanentes mediante las cuales asir y modificar conocimientos que deberán ser día a día actualizados, cuando no reemplazados. Esa capacidad de adaptación no será posible si el piso de formación desde el que el bibliotecario se enfrenta a lo nuevo no es sólido, y si sus convicciones en torno a la índole de su tarea no son realmente firmes y auténticamente comprometidas con el interés de la sociedad en su conjunto.

En ese sentido resulta particularmente esclarecedor el visionario (y ya clásico) discurso de Melvil Dewey, por entonces joven editor del recién creado *The American Library Journal* y también novel autor de un pequeño opúsculo de 42 páginas que sería la base a la postre del luego más amplio Sistema de Clasificación Decimal Dewey (SCDD). Allí, las encendidas palabras de Dewey, abogan una y otra vez por un bibliotecario que no se limite a la administración de unidades de información, sino que sea capaz además de participar –al mismo nivel que los docentes de las escuelas públicas– como educador de quienes visitan su biblioteca⁴⁵:

Desde el comienzo, las bibliotecas han recibido gran respeto y mucho se ha escrito acerca de su invaluable contribución, pero ha prevalecido más bien la opinión de que el bibliotecario es tan solamente un custodio, y que ha cumplido plenamente con su función propia si ha preservado los libros de la pérdida y, en una medida razonable, del deterioro físico. Ha habido algunas nobles excepciones a esta regla, aunque en efecto es todavía actual la idea de que el bibliotecario no debe hacer otra cosa que esto. Sin embargo no es ahora suficiente que los libros sean cuidados adecuadamente, que estén bien distribuidos, que jamás sean

perdidos. No es suficiente que el bibliotecario sea capaz de acercar rápidamente cualquier libro que le sea solicitado. No es tampoco suficiente que el bibliotecario sea capaz de ofrecer, una vez que le es requerido, asesoramiento sobre cuáles son los mejores libros de su colección sobre tal o cual tema determinado. Todas estas cosas son indispensables, pero tampoco son suficientes para nuestro ideal. El bibliotecario ideal debe estar atento a que su biblioteca contenga, en la medida de lo posible, los mejores libros sobre las mejores materias, teniendo particularmente presentes las necesidades de su comunidad. Luego, teniendo los mejores libros, debe crear entre su gente, entre sus alumnos, el deseo de leer esos libros. Debe poner todas las facilidades posibles en el camino del lector, de modo tal que avance de lo bueno hacia lo mejor. Debe asimismo enseñarles cómo, luego de estudiar las propias necesidades, ellos podrán elegir sabiamente sus propias lecturas. Un tal bibliotecario hallará seguramente a unos cuantos que estén dispuestos a ponerse bajo su propia influencia y dirección, y, si es competente y entusiasta, seguramente muy pronto influirá enormemente en la lectura, y a través de ella en el pensamiento, de toda su comunidad. (...) Es pasado el tiempo en que la biblioteca se parecía a un museo, en que el bibliotecario era una suerte de ratón entre húmedos libros y en que los visitantes miraban con ojos curiosos los antiguos tomos y los manuscritos. Es presente el tiempo en que la biblioteca es una escuela, en que el bibliotecario es en el más alto sentido un maestro y en que el visitante tiene la misma relación con los libros que el trabajador manual tiene con sus herramientas.

Directamente opuesta a la idea de Melvil Dewey es una tesis relativamente común entre los formadores de bibliotecarios, claramente expresada por Haroldo Días en su "Prefacio" a la Introducción a la biblioteconomía de Pierce Butler, en el que se afirma (con la contundencia que además importa el constituir la primera frase de todo un libro) que "las bibliotecas son el archivo de la sabiduría humana"⁴⁶. La concepción de la biblioteca como un archivo de la sabiduría presenta a mi juicio dos errores que, de consolidarse en la conciencia del bibliotecario, provocarán una nociva autolimitación en el ejercicio de su profesión. El primer error consiste en concebir a la biblioteca como un archivo, ya que los archivos son fundamentalmente sitios donde se alberga el pasado, en general por precaución o en virtud de la eventual necesidad de que algún dato histórico o burocrático pueda ser requerido en el futuro. Los archivos suelen constituir una suerte de alojamiento no-vital de lo pasado, algo así como cementerios de papeles. De hecho el material de muchos archivos suele ser incinerado periódicamente en virtud de su absoluta inutilidad futura. El segundo error es pensar que la sabiduría humana es archivable. La sabiduría es un estado que el hombre alcanza cuando ha aprendido a vivir, y en ese sentido, no es separable del vivir mismo, como sí lo es por ejemplo el registro escrito de hechos pasados. Más aún, si la sabiduría es transmisible, lo es más bien oralmente (o vitalmente), que en forma escrita. En todo caso puede concebirse a la biblioteca como una viva fuente de estudio y conocimiento, como un medio de acceso al saber, como un espacio conducente hacia una vida sabia. No es en absoluto menor la influencia de tal prejuicio, que, solidificado en el tiempo, lleva a que el bibliotecario así formado no sea capaz de advertir la esencial vitalidad del conocimiento humano, y a que, como compensación ante tal falencia, confunda la posibilidad –hoy casi inmediata– de acceder a estratos fosilizados de la información con el conocimiento mismo.

II.3) La bibliotecología como saber teórico-práctico integral

La dualidad de caminos posibles, anteriormente descrita, en la formación de bibliotecarios como "técnicos en almacenaje de material escrito o grabado" (al modo del bibliotecario de la "tradicción Sumer") o como "vivos transmisores de conocimientos"

(bibliotecarios de la "tradición Dewey"), ha aparecido seguramente en algún momento de la biografía de todos los bibliotecarios, aunque los más innovadores y creativos entre ellos han abogado por el segundo de los ideales en detrimento del primero.

Jean Key Gates, por ejemplo, en su *Introduction to Librarianship*, sostiene que "a lo largo de la mayor parte de la historia de las bibliotecas, muchos de aquellos que han tenido un parte significativa en la construcción de la historia han sido muy competentes y tenido gran reputación en otros campos del saber y de la acción antes de que se vieran involucrados con los propósitos y las operaciones de alguna biblioteca."⁴⁷ Similar concepto vuelca Fred Lerner, autor de una magnífica historia de las bibliotecas citada varias veces en este escrito, al sostener que "muchos de los líderes en el desarrollo de nuevas formas de acceso a la información surgieron del campo de la química, la informática, la economía, la lingüística y la filosofía, es decir que se trata de personas cuyos intereses profesionales en la ciencia de la información no estaban formados por las escuelas bibliotecarias ni por la literatura bibliotecaria", y culmina sosteniendo que "durante siglos el amor por la literatura y el respeto por el estudio han sido la calificación esencial del bibliotecario eficiente"⁴⁸. El caso de Jacques-Charles Brunet (1780-1867), por ejemplo, no es menos elocuente, ya que antes de diseñar su sistema de clasificación había realizado numerosos estudios históricos y publicado diversos repertorios bibliográficos, particularmente sobre manuscritos medievales iluminados. Igualmente Dewey, a quien con legítimo derecho puede considerarse como "prócer de la clasificación bibliográfica", dejó un acalorado testimonio vital de su preferencia por el bibliotecario-educador en detrimento del bibliotecario-museólogo.

Es por ello que según esta perspectiva resultaría provechoso procurar en la formación de bibliotecarios una mayor integralidad educativa. Esa integralidad debe contemplar la formación en el rigor del estudio y la investigación, el afianzamiento de la conciencia de la función de servicio del bibliotecario, la concientización plena de la problemática bibliotecaria del país y la formación de bibliotecarios con habilidades prácticas extrabibliotecológicas y gran capacidad de gestión y de adaptación a nuevos problemas. Es en ese sentido prioritario que los aspirantes a bibliotecarios adquieran sólidos conocimientos informáticos, que sean entrenados en la preparación de redes bibliográficas, ya formales, ya informales, y que tiendan lazos institucionales de modo tal que sean capaces de incrementar el acceso de los lectores a la información y al conocimiento aun en circunstancias de restricción, como parecieran ser las que enfrentará nuestro país en los próximos años⁴⁹. Pero la pericia técnica debe darse al mismo tiempo como una consecuencia natural del desarrollo artístico o científico del bibliotecario, y no convertirse en un fin en sí mismo. Sólo así la bibliotecología podrá gozar legítimamente, como la medicina o la arquitectura, del privilegio de ser al mismo tiempo un saber teórico-práctico, incrementando así su prestigio entre las demás disciplinas del saber. Con esa dignidad cumplida, la bibliotecología podrá ser definida (de un modo enriquecido) como un "saber teórico-práctico que organiza conceptual y físicamente la totalidad de las manifestaciones registradas del conocimiento humano (preservándolas al mismo tiempo para las generaciones futuras) y que ofrece a quienes se encuentran en un proceso de aprendizaje o estudio la guía y los instrumentos que aceleran y enriquecen dicho proceso".

III) El bibliotecario ante la realidad

III.1) ¿Qué necesitan las bibliotecas argentinas?

En la primera mitad del siglo XX el país se enfrentaba a un panorama desolador en materia de administración de unidades de información. La "bibliotecología" en la Argentina se había desarrollado en forma azarosa y en gran medida informal durante el siglo XIX (la obra catalográfica de Paul Groussac hacia fines de siglo fue sin duda un punto de inflexión), aunque en la primera mitad del siglo XX fueron echadas las bases para la solidez de su desarrollo futuro. Sin embargo, la relativamente buena formación técnica que recibió un número considerable de bibliotecarios en diversas universidades y escuelas de bibliotecología, especialmente durante la segunda mitad del siglo XX, no ha tenido su correlato en la importancia que el Estado ha dado al desarrollo uniforme y sostenido de las bibliotecas del país. En ese sentido, los bibliotecarios argentinos han resultado a menudo hábiles carpinteros, que se han visto a sí mismos mancos por cuestiones principalmente presupuestarias y a menudo también burocráticas.

Hoy el panorama no es del todo diferente. Existen en la República Argentina unas 4.300 bibliotecas públicas o semipúblicas reconocidas y en cada una de ellas existen desafíos que los bibliotecarios deben enfrentar la mayor parte de las veces sin instrumentos ni presupuestos adecuados. Es por ello que el bibliotecario (argentino, presente) ha de exceder en la práctica –mediante la incorporación de diversas habilidades de índole no bibliotecológica– el actualmente extendido prototipo de bibliotecario eminentemente teórico, a menudo inflexible ante las exigencias de una realidad poco amable. Naturalmente, el bibliotecario ha de saber muy bien catalogar, ha de saber cómo orientarse en los complejos laberintos de los sistemas de clasificación, ha de ser capaz de tomar permanentemente decisiones autónomas y ha de saber diseñar, si es que se incorpora a alguna biblioteca de escala moderada, un sistema de clasificación ad hoc que permita al mismo tiempo la consulta temática y el crecimiento infinito de las colecciones. Pero al mismo tiempo no deben ser descontadas entre las funciones del bibliotecario futuro las tareas de gestión de subsidios y de coordinación y desarrollo de proyectos integrales de preservación, catalogación o adquisición bibliográfica. Por lo demás, el bibliotecario ha dejado de ser hace tiempo un mero catalogador, o un simple referencista, aunque desde luego dichas habilidades resultan imprescindibles. Más aún, siendo un buen catalogador, siendo capaz de utilizar incluso antiguos sistemas de clasificación (pocos bibliotecarios, por ejemplo, saben hoy utilizar adecuadamente el sistema de clasificación de Brunet⁵⁰, que permite acceder temáticamente a poco menos que la mitad de los libros de la Biblioteca Nacional), ha de ser igualmente capaz de organizar redes bibliográficas, de formar catalogadores aun cuando no sean estos bibliotecarios formados –tal es el caso de la mayor parte de los empleados que trabajan en bibliotecas públicas del país, realidad que no puede ser modificada en lo inmediato–, de reconocer el valor de un incunable o de un libro del siglo XVI –para lo que probablemente deberá conocer rudimentos de latín y estar familiarizado con el repertorio de Hain y con otros repertorios bibliográficos no menos esenciales–, de dominar los complejos resortes de acceso a la información virtual, de permanecer en comunicación constante con bibliotecarios de otras bibliotecas, de intentar conocer permanentemente cómo está compuesto el parque bibliográfico de la

ciudad o del país en torno a tal o cual tópico, de recomendar la lectura de libros y de promover la consulta de los lectores a profesores universitarios o especialistas en los casos en que cierta dificultad de acceso a algún conocimiento particular no pueda ser resuelta de modo inmediato. Tomemos, apenas, un ejemplo, pero teniendo presente al mismo tiempo que la situación a continuación descrita se repite con suma frecuencia en numerosas instituciones del país. En un convento ubicado en una de las principales provincias del país existen actualmente unos 2.000 libros de los siglos XVI, XVII y XVIII que no están siquiera catalogados. Esos libros están ubicados en grandes armarios, recostados, colocados en columnas de cinco o seis libros a lo sumo, y por motivos diversos esa biblioteca no ha sido –ya durante muchos años– adecuadamente tratada. El bibliotecario que asuma la organización de dicha colección ha de lograr no sólo que las piezas resulten apropiadamente preservadas y ordenadas según algún criterio, que, preferentemente temático, permita en el futuro acceder a la pieza deseada, sino también que dichos libros sean estudiados. De nada sirve un libro bien ordenado y clasificado si no cumple su función primigenia, que es sencillamente ser leído. Es por ello que el buen bibliotecario ha de ser también un anónimo promotor de la lectura y un agente de transferencia cultural responsable y auténticamente interesado. Así pues, el bibliotecario que reciba esa magnífica biblioteca ha de procurar a) organizar las piezas según un criterio racional que facilite su consulta, b) favorecer el acceso a esos libros a quienes quieran llevar adelante investigaciones de cualquier índole, y, eventualmente, c) divulgar ad hoc el contenido de ese acervo (y ha de ser ésta última –si se acepta la aquí fundamentada idea del sentido y significación de la labor bibliotecaria– su tarea principal).

IV) Palabras finales

No cabe duda de que el desarrollo técnico de la bibliotecología, particularmente en los últimos 30 años, ha contribuido en el proceso de autonomización de su recorte objetivo, con la consecuente problematización de su status epistemológico. La cuestión acerca de si la bibliotecología es o no una ciencia, y de si la misma goza o no entre las ciencias en general de un respeto que la iguale a ramas del saber más prestigiosas (como por ejemplo las matemáticas, la física o la química), portadoras de una historia más rica y prolífica que el arte de ordenar y conservar la información en sus múltiples soportes, es una cuestión tangencial en relación al núcleo conceptual de las ideas aquí presentadas. Es uno de los mayores problemas del sistema de investigación de las naciones la puja por la fijación de los criterios científicos, simplemente porque detrás de ellos hay dinero que puede conducirse en una u otra dirección según si determinada disciplina recibe o no el rótulo de científica. En ese sentido, pareciera ser en gran medida la voluntad de la comunidad bibliotecológica en pos del acceso a fondos y programas de subsidios el principal motor del frecuente afán en que se predique de la bibliotecología su carácter científico. Planteado en esos términos, el problema de la cientificidad de la bibliotecología resulta prima facie viciado, y puede ser legítimamente considerado como carente de sentido en cuanto tal. No resultaría en cambio ociosa una discusión que planteara el problema de la relación de la bibliotecología con la ciencia en general teniendo en cuenta sobre todo aspectos metodológicos, ya que resulta evidente la

necesidad de conocimientos de aritmética, estadísticas, cálculo de progresiones, sociología, arquitectura, etcétera, para el desarrollo de muchas de las operaciones y procesos de la labor bibliotecaria. En ese sentido, si bien parece difícil en términos absolutos predicar de la bibliotecología que es una ciencia, sí es posible verificar la existencia de prácticas científicas en algunos de sus aspectos metodológicos. El mismo inconveniente (ser consideradas ciencias o no) han enfrentado y enfrentan otras ramas del saber de muy larga tradición, como por ejemplo la crítica literaria, la historia del arte o la filosofía, y en general las respuestas más sensatas a esas pseudo-polémicas han pasado por evitar concebir a la científicidad como la única modalidad cognoscitivo-operativa de prestigio y, en íntima conexión con ello, por emparentar el modelo científico vigente con un sistema de producción del conocimiento que responde a la lógica de la explotación económica y de la violación sistemática de la naturaleza (lo cual implica necesariamente su minusvaloración en relación a otras ramas del saber). Lo más adecuado es acaso mirar desprejuiciadamente el asunto y entender a la actividad bibliotecaria como una importante tarea en la conquista del saber del hombre, sin necesidad de compararla en su aporte con las restantes ramas del saber, y sin exigirle a su saber fundamentante, i.e. la bibliotecología, el atributo de científicidad, que parece en principio exceder su esencia (aun cuando esta idea pueda ser legítimamente discutida con numerosos argumentos).

Al mismo tiempo, no puede ser soslayado el hecho de que la complejidad misma de los procesos de almacenado y preservación del material escrito o grabado en diversos soportes requiere de conocimientos muy precisos, de alto carácter técnico, por lo que resulta muy razonable que la formación de los bibliotecarios dedique enorme energía a afianzar la idoneidad profesional de quienes han de enfrentar, en general en gran soledad (al menos en nuestro país), decisiones muy relevantes para el futuro de las instituciones que albergan el soporte físico sobre el que se edifican a menudo las tareas de indagación y de pregunta, principales motores de una vida menos ignorante, y sólo en tal sentido, más sabia.

Sin embargo, lo que un desarrollo sano de la práctica bibliotecaria debería intentar combatir es precisamente la absolutización del valor del soporte físico del saber en cuanto tal, ya que el soporte físico sólo adquiere su sentido en la acción misma de conquista, sin duda asintótica, del saber universal, saber que naturalmente no es dado a ningún hombre particular sino que lo es, en el mejor de los casos, a la humanidad en su conjunto. Saber universal, por otra parte, que no resultará de la suma yuxtapuesta de especialidades estancas sino que exige por su propia naturaleza de universal la integración de los saberes particulares en alguna forma de docta ignorantia, la cual sólo suele ser alcanzada, como lo comprueba el caso de Nicolás de Cusa, acuñador de la feliz expresión, tras un tránsito dedicado y serio por contenidos relevantes de las ciencias particulares. Ello mismo, junto al reconocimiento de que los hombres y mujeres del siglo XXI estamos muy mal preparados para la actualización de ese ideal, facilita al mismo tiempo el reconocimiento del límite de nuestra capacidad para alcanzar un saber holístico y diversificado –al modo de los hombres de letras y ciencias de la antigüedad, y nuevamente luego del renacimiento tardío– y la esperanza permanente en el valor que su búsqueda por se implica. Esa esperanza, que puede expresarse asimismo, legítimamente, en el desideratum de la ampliación del horizonte bibliotecario a las restantes ramas del saber, contribuirá sin duda al enriquecimiento humano de quienes la practican y afianzará los vínculos sociales horizontales bajo la muy noble forma de la educación.

Con que sirvan, estimado lector, estas reflexiones para que, a partir de la discusión colectiva, se tuerza mínimamente el rumbo de la actual concepción de la tarea bibliotecaria en esa dirección, habrá la presente indagación cumplido ampliamente su propósito.

Notas

¹ Quiero agradecer a Mario Caimi, Eduardo Glavich, Sebastián Scolnik, Daniel Sorín y Horacio González por sus generosas lecturas y enriquecedores comentarios al manuscrito del presente trabajo.

² Immanuel Kant, al comienzo de su breve tratado *Cómo orientarse en el pensamiento*, destaca que todo acto de orientación necesita de puntos fijos respecto de los cuales acercarse o alejarse. "Orientarse", dice, "significa, en el propio sentido de la palabra, encontrar a partir de una región celeste dada (dividimos el horizonte en cuatro regiones) las demás regiones y sobre todo el oriente. Si veo ahora el sol en el cielo y sé que ahora es mediodía, entonces sé encontrar el sur, el oeste, el norte y el este." (*Cómo orientarse en el pensamiento*, Buenos Aires, Leviatán, 1982, p. 37).

³ La palabra "humanismo" suele ser utilizada, técnicamente, para denotar al renovador movimiento literario que procura recuperar el esplendor de las letras presentes imitando las ricas formas de expresión de la Roma clásica, movimiento que fue acompañado por un complejo proceso de descubrimiento de textos y de piezas artísticas antiguas, desarrollado sobre todo en Italia, con hombres de letras como Petrarca, Leonardo Bruno Aretino, Coluccio Salutati, Poggio Bracciolini, Nicolo de Niccoli, etc. Los límites cronológicos del humanismo son imprecisos, pero su desarrollo se inicia a fines del siglo XIV continuando durante todo el siglo XV, aunque particularmente durante su primera mitad. Sin embargo, al mismo tiempo, el humanismo es, en sentido amplio –y será éste siempre el sentido dado al término en la presente indagación–, una nueva actitud ante la vida que aparece a fines del siglo XIV y que, desplazando al teocentrismo reinante en los siglos anteriores, se concentra en el valor del hombre en sí mismo y procura el desarrollo pleno de todas sus capacidades. Hombres como Leonardo Da Vinci, Miguel Ángel Buonarroti, Pico della Mirandola, Erasmo de Rotterdam o Lorenzo de Medici encarnan plenamente esos valores. Esa nueva actitud propia de los humanistas adquiere prácticas y hábitos concretos en relación al mundo del libro, y todos ellos se anticipan ejemplarmente en la figura de Petrarca, el poeta laureado. Petrarca (1304-1374) se ocupó como ningún otro intelectual anterior de acrecentar y cuidar de su biblioteca privada, no sólo copiando personalmente o haciendo copiar numerosos manuscritos de textos clásicos sino también estudiándolos y expurgándolos de sus errores. La actitud de Petrarca será imitada por otros intelectuales y hombres de estado y de Iglesia, y así se conformarán importantes bibliotecas, como la de Coluccio Salutati o la del papa Martín V. Con los humanistas también regresa a Europa el universo bibliográfico griego, ya que a partir del contacto con algunos intelectuales bizantinos (Manuel Crisoloras, Jorge de Trepizonde, el Cardenal Bessarion, etc.) la lengua griega comienza a ser estudiada y el proceso de cura y publicación (y naturalmente también de estudio) de los textos clásicos toma un impulso que adquirirá magníficas dimensiones en los siglos siguientes. Tal era durante la primera mitad del

siglo XV la fiebre por la obtención de "nuevos" textos de la antigüedad clásica hasta entonces perdidos que el humanista Poggio Bracciolini (1380-1459) pasó varios años de su vida buscando en monasterios del norte de Europa obras de los autores clásicos, las cuales, una vez halladas, copiaba y enviaba a sus amigos y compañeros de estudio en la Curia romana.

⁴ Samuel Noah Kramer, *La historia comienza en Sumer*, Barcelona, Aymá, 19784, pp. 294-299. Se trataba de un pequeño fragmento de arcilla de 60 x 35 mm. de superficie escrita, que contenía las primeras palabras de una serie de libros. El catálogo fue en principio confundido por el propio Kramer con un poema religioso de oscuro sentido. El descubrimiento permitió identificar otros catálogos entre supuestos poemas.

⁵ La biblioteca de Aristóteles, que ha de haber tenido considerables proporciones si se tiene en cuenta la gran cantidad de material bibliográfico que requirieron, por ejemplo, sus estudios comparativos de las constituciones de las diversas ciudades-estado griegas, sufrió numerosos avatares tras la muerte del maestro. Teofrasto fue su primer custodio y usuario, y de éste pasó a manos de Neleo, discípulo tanto de Aristóteles como de Teofrasto. Según cuenta Estrabón en *Geographica* 17.1.8, Neleo llevó la biblioteca a Scepsis y la legó a sus herederos, que no eran precisamente hombres de espíritu, los cuales ante la amenaza de los reyes atálidas, a quienes estaba sometida la ciudad de Scepsis, la ocultaron bajo tierra. Muchos años más tarde, cuando los libros estaban ya deteriorados, la biblioteca fue vendida a Apelión de Teos, quien restauró las obras y las publicó llenas de errores. El general romano Sulla (ca. 85 a. C.) llevó los libros a la Urbs como botín de guerra.

⁶ Véase Le Gallois, *Traité historique des plus belles bibliothèques de L'Europe*, París, Estienne Michellet, 1680, p. 210 –esta obra puede ser consultada en nuestra Biblioteca Nacional–; Jean Key Gates, *Introduction to Librarianship*, Nueva York, McGraw Hill, 1968, p. 100.

⁷ Le Gallois, *Traité*, p. 210. El crecimiento de las colecciones "reales" (que constituye la base de las bibliotecas nacionales de Inglaterra, Francia, Austria y España) fue en gran medida impulsado a partir del siglo XVI por leyes de depósito legal. La primera de esas leyes fue la Ordenanza de Montpellier (1537), que disponía que una copia de todo libro impreso fuera remitida a la biblioteca real de Blois. Con el correr de los años las restantes monarquías europeas fueron disponiendo normas análogas (Véase Fred Lerner, *Historia de las bibliotecas del mundo*, Buenos Aires, Troquel, 1999, p. 147).

⁸ Thomas Carlyle, William Thackeray, Bernard Shaw, Vladimir Lenin, Mohandas Gandhi fueron, entre muchos otros grandes escritores y transformadores sociales, asiduos visitantes de la Biblioteca Británica. Véase Arundell Esdaile, *The British Museum Library: A Short History and Survey*, Londres, George Allen and Unwin, 1948.

⁹ Véase Lerner, *Historia*, pp. 113, 169.

¹⁰ A principios del siglo VI, Virgilio el Gramático menciona (véase Lerner, *Historia*, p. 50) la práctica común de dividir los libros entre sacros y profanos como resultado de la tradición romana de dividirlos entre griegos y latinos (esa distinción revela también cómo el mundo romano asimiló el mundo griego concibiéndolo fundamentalmente como una venerable herencia, pero sin establecer una continuidad activa de sus intuiciones e intereses, lo cual –de haberse cumplido– seguramente habría redundado en bibliotecas organizadas temáticamente, retratando la eventual continuidad del *pâyow* existente en uno y otro ámbito lingüístico).

¹¹El bibliotecario y sacerdote escocés John Dury publicó en 1650 su obra *Reformed-Library Keeper*, en la que ofrecía una serie de recomendaciones para los bibliotecarios de instituciones que incorporaran las reformas protestantes. En esa obra, Dury se queja de que muchos bibliotecarios "se dedican a cuidar los libros que les han sido dados en custodia para que no se pierdan ni sean dañados por quienes los usan, y nada más". Véase Lerner, *Historia*, p. 230.

¹²No es casual que la enseñanza de la bibliotecología sea considerada en Francia como un posgrado de otras carreras y que en Alemania su estudio sea siempre acompañado de un estudio paralelo de otra disciplina. En efecto, la *École Nationale Supérieure des Sciences de l'Information et des Bibliothèques (ENSSIB)* de Lyon sólo admite entre sus alumnos a egresados de otras carreras, mientras que en las universidades alemanas la bibliotecología constituye un *Hauptfach*, es decir, uno de los dos tópicos principales que cualquier estudiante debe cumplir para adquirir su título, pudiendo ser el otro cualquier materia de estudio tradicional, por ejemplo, derecho, matemáticas o historia.

¹³La Academia fue inaugurada en Atenas por Platón hacia el año 387 a. C. y fue clausurada por orden del emperador romano de Oriente en el año 529 d. C.

¹⁴Lerner, *Historia*, pp. 36-38.

¹⁵Will Durant, *The Story of Civilization*, vol. 1: *The Life of Greece*, Nueva York, Simon and Schuster, 1936, p. 636.

¹⁶Resulta particularmente interesante para la temática del presente ensayo el hecho de que la más importante obra de Boecio, *La consolación de la Filosofía*, haya sido escrita sin acceso a la biblioteca personal del autor. En circunstancias de máximo pesar (Boecio se encontraba preso, enfermo y a la espera de su inminente condena a muerte, finalmente cumplida) Boecio escribe, con el solo recurso de su memoria, su más profunda y conmovedora obra, lo cual avala la tesis posteriormente desarrollada aquí, de que no siempre el acceso a información favorece la creatividad y la originalidad de una obra.

¹⁷Lerner, *Historia*, p. 113.

¹⁸*Ibid.*, p. 73.

¹⁹*Ibid.*, p. 94.

²⁰Paradigmático de este doble carácter es el caso de Francis Bacon (1561-1626), quien fuera Chanciller de Jacobo I, rey de Inglaterra, y también gran defensor y divulgador de los beneficios de la lógica inductiva y del experimentalismo, propiedades metodológicas constitutivas de la ciencia moderna. Bacon dedicó similar energía a las tareas de gobierno (que le valieron además una condena –aparentemente justa– por corrupción) y a sus investigaciones científicas.

²¹Lerner, *Historia*, p. 128.

²²Émile Boutroux, "Notice sur la vie et la philosophie de Leibnitz" en *Leibnitz, La Monadologie*, edición anotada y precedida por una exposición del sistema de Leibniz por Émile Boutroux, París, Delagrave, 1968, p. 12. Véase también G. E. Guhrauer, *Gottfried Wilhelm Freiherr von Leibnitz. Eine Biographie* (1846). Debo estos datos, al igual que los ofrecidos sobre Kant, al Dr. Mario Caimi, profesor titular de Historia de la filosofía moderna en la Universidad de Buenos Aires.

²³ Hipólito Escolar Sobrino, *Historia de las bibliotecas*, Madrid, Pirámide, 1990, pp. 273-76.

²⁴ Ernst Cassirer, *Kant. Vida y Doctrina (Kants Leben und Lehre, 1948)*, México, FCE, 1948, trad. Wenceslao Roces, p. 145.

²⁵ Véase Immanuel Kant, *Briefwechsel*, selección y notas por Otto Schöndörffer, actualizada por Rudolf Malter, Hamburgo, Meiner, 19863, p. 34 (la traducción al español fue realizada por el Dr. Mario Caimi):

"Allerdurchlauchtigster Großmächtigster König // Allernädigster König und Herr

Da der Hofrat Goraiski seine bisher geführte Stelle eines Subbibliothecarii bei der hiesigen Schloß-Bibliothek niedergelegt hat, so ergethet mein alleruntertänigstes Ansuchen an Ew: Königl: Majestät, mir durch Conferierung dieser Stelle sowohl eine erwünschte Gelegenheit zum Dienste des gemeinen Wesens als auch eine gnädige Beihülfe zur Erleichterung meiner sehr mißlichen Subsistenz auf der hiesigen Akademie angedeihen zu lassen.

Die allernädigste Gesinnung, welche Ew: Königl: Majestät in Absicht auf mich in dem huldreichen Reskript d. d. Königsb: d. 16ten Nov: 1764 zu äußeren geruhet haben, läßt mich hoffen, daß diesem meinem alleruntertänigsten Gesuch durch Höchst Dero allernädigste Genehmigung werde gewillfahret werden.

Ich ersterbe in tiefster Devotion // Ew: Königl: Majestät // alleruntertänigster Knecht // Immanuel Kant // Königsberg, d. 24. Oktober, 1765"

²⁶ Arsenij Gulyga, *Immanuel Kant*, Frankfurt, Suhrkamp, 1985, p. 391.

²⁷ Lerner, *Historia*, p. 162.

²⁸ Klaus-Günther Wesseling, s. v. "HEYNE, CHRISTIAN GOTTLÖB", en *Biographisch-Bibliographisches Kirchenlexikon*, Band XVIII, Herzberg, Traugott Bautz, 2001.

²⁹ Esdaile, *The British Museum Library*, p. 7: "I want a poor student to have the same means of indulging his learned curiosity, of following his rational pursuits, of consulting the same authorities, of fathoming the most intricate enquiry, as the richest man in the kingdom".

³⁰ Respecto de la relación de Sarmiento con los libros resulta ilustrativa la experiencia autobiográfica narrada en *Recuerdos de provincia*, según la cual el joven Domingo Faustino, abrumado por su tarea como almacenero en la poco letrada ciudad de San Juan intuye que, aun no teniendo acceso allí al conocimiento, en algún sitio debía ser posible acceder a ese conocimiento: "Pueblos, historia, geografía, religión, moral, política, todo ello estaba ya anotado como en un índice; faltábame empero el libro que lo detallaba, y yo estaba solo en el mundo, en medio de fardos de tocuyo y piezas de quimones, menudeando a los que se acercaban a comprarlos, vara a vara. Pero debe haber libros, me decía yo, que traten especialmente de estas cosas, que las enseñen a los niños; y entendiendo bien lo que se lee, puede uno aprenderlas sin necesidad de maestros; y yo me lancé en seguida en busca de esos libros, y en aquella remota provincia, en aquella hora de tomada mi resolución, encontré lo que buscaba, tal como lo había concebido ... ¡Los he hallado!, podía exclamar como Arquímedes, porque yo los había previsto, inventado, buscado ... Allí estaba la historia antigua, y aquella Persia, y aquel Egipto, y aquellas Pirámides, y aquel Nilo de que me hablaba el clérigo Oro. La historia de Grecia la estudié de memoria, y la de Roma en seguida, sintiéndome sucesivamente Leónidas y Bruto, Aristides y Camilo, Harmodio y Epaminondas, y esto mientras vendía yerba y azúcar, y ponía mala cara a los que me venían a sacar de aquel mundo que yo había descubierto." (*Recuerdos de provincia*,

Buenos Aires, 1966, p. 211). Debo el señalamiento de esta emotiva cita de Sarmiento a Alejandro Ranovsky.

³¹ Paul Groussac, "Historia de la Biblioteca Nacional", en Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional, tomo I, Ciencias y Artes, Buenos Aires, 1893, p. LVIII.

³² Francis Bacon ofrece en su obra *The Advancement of Learning, Divine and Humane* (1605) una división de las ciencias de gran influencia en otras clasificaciones posteriores. Dicha clasificación baconiana sirve de base a la clasificación general de las ciencias de la famosa *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, par une société de gens de Lettres, editada por Diderot y D'Alembert entre 1751 y 1777.

³³ La escena principal de ese cuento transcurre en un bar de la esquina de Bolívar y Venezuela, a escasas cuerdas de la antigua sede de la Biblioteca Nacional.

³⁴ Como resultado de esos estudios publicó en 1965 la compilación de ensayos, redactados en colaboración con María Esther Vázquez, titulada *Literaturas germánicas medievales*.

³⁵ El poeta Leopoldo Lugones, quien fuera director de la Biblioteca Nacional de Maestros, tuvo también una actitud semejante a la de Borges en su relación con los libros y con su tarea como bibliotecario.

³⁶ Piénsese por ejemplo que Descartes escribió una importante parte de sus obras en misivas dirigidas a otros hombres de ciencias y de letras, como por ejemplo Hobbes o Mersenne.

³⁷ Vale la pena tener presente la experiencia narrada en el Fedón 98a-101c por el propio Platón (aunque en boca de Sócrates) de la lectura del libro de Anaxágoras, en el que se ofrece la bella afirmación de que el intelecto (noËw) es el principio de todas las cosas. Platón se queja allí de que Anaxágoras no explica en todo el libro por qué es el noËw el principio de todo, dejando al lector completamente desanimado y vacío. Luciano de Samosata (ca. 120-190 d. C.), en su comedia *La venta de filosofías*, también retrata, aunque satíricamente, diversos aspectos del "mercado" de ideas y de libros.

³⁸ En ese sentido, el concepto mismo de biblioteca es funcional a la cosmovisión de quien dispone de los libros. Narra Le Gallois en su *Traité historique des plus belles bibliothèques de L'Europe* (p. 7) que la biblioteca del emperador Alejandro Severo contaba tan sólo con cuatro libros, a saber, Horacio, Virgilio, Cicerón y Platón, mientras que la del reformador Melanchton contaba con otros tantos, Aristóteles, Plinio, Plutarco y Ptolomeo. Por su parte, Séneca, en *De tranquillitate animi* 4.8.2, recomienda no comprar más libros que los necesarios y evitar la ostentación.

³⁹ Al respecto vale la pena tener presente la diferente política existente en las bibliotecas públicas de Inglaterra y de Alemania respecto del préstamo de manuscritos e incunables. Mientras en Inglaterra se procura que los jóvenes investigadores accedan a manuscritos e incunables – considerando que sin ello no será jamás conocido el valor de las colecciones– y las obras originales son, no sin máximo cuidado, prestadas para su lectura directa en salas especialmente acondicionadas, en Alemania, por el contrario, se ofrece en el mejor de los casos el microfilm, y en caso de que éste no exista, se ponen requisitos de tan difícil cumplimiento que la pieza culmina no siendo jamás examinada. El resultado es previsible. Mientras los investigadores que trabajan en Inglaterra publican gran cantidad de ediciones críticas de manuscritos antiguos, medievales y

renacentistas, los que trabajan en Alemania enfrentan para realizar una tarea equivalente numerosas dificultades que, a menudo, desmotivan la continuidad de ese ejercicio.

⁴⁰ La Biblioteca del Instituto Warburg, que tiene aproximadamente 450.000 piezas bibliográficas, recibe a diario a unos 150 visitantes, además de los investigadores estables del instituto, que han de ser aproximadamente unos 40. En dicha biblioteca, los bibliotecarios principales son especialistas en alguna materia. La Chief Librarian, Dra. Jill Krave, es especialista en filosofía del renacimiento, al tiempo que los bibliotecarios asistentes –Dr. Johnattan Rolls (Roma en el renacimiento) y Dra. Ursula Sdunnus (arte de la antigüedad clásica), entre otros– son especialistas en otras temáticas que los lectores suelen consultar.

⁴¹ El hecho de que una pieza bibliográfica pueda ser eventualmente reemplazada por otra constituye una suerte de principio heurístico que acuñó el bibliotecario Warburg. Según dicho principio, en la Kulturwissenschaftliche Bibliothek Warburg "el libro que uno está buscando es el libro que está al lado del libro que uno va a buscar". En efecto, ésa es una experiencia constante en la Biblioteca Warburg, ya que al estar la biblioteca organizada temáticamente es muy común que al acercarse el investigador físicamente a una obra –por referencia en una nota a pie de página, o por cualquier otro motivo– halle allí un conjunto a veces pequeño, otras veces numeroso, de obras que tocan tópicos íntimamente relacionados con la temática tratada por el libro originariamente buscado

⁴² Una tal concepción obedece a la lógica propia de la razón instrumental, criticada con profundidad por Horkheimer y Adorno, en esencia por estar compelida a producir más hondas e irreconciliables contradicciones en las sociedades humanas, con la consecuente violencia con que esas mismas contradicciones procuran dialectizarse. También es necesario tener presente que esa misma lógica opera grandemente en la concepción presente de la investigación, por lo cual la instrumentalidad bibliotecaria debe ser comprendida en un horizonte más amplio y complejo, y desde luego no ser entendida, de un modo acríptico y simplista, como una mera opción vital asumida por el individuo particular.

⁴³ Debo esta aguda distinción entre medio y recurso a Sebastián Scolnik.

⁴⁴ Vale la pena transcribir aquí la experiencia que el escritor germano J. G. Kohl padeció en la Biblioteca Imperial de San Petersburgo. De ella puede deducirse una concepción del bibliotecario como meramente servidor y custodio de libros. Véase J. G. Kohl, *Russia and the Russians in 1842*, Londres, 1842, vol. I, p. 290 (citado en Lerner, *Historia*, p. 150): "Aunque supieras dónde se encuentra ubicado, conseguir un libro para leer en la biblioteca es absolutamente imposible. Primero debes escribir el título en un gran registro y, luego, si no está prestado y se lo puede ubicar, sólo te será suministrado a la siguiente jornada. Pero en los días asignados para leer (tres por semana) muchas veces golpeas la puerta en vano, porque puede suceder que coincida con una de las innumerables fiestas de la Iglesia rusa... A veces tienes que esperar semanas para conseguir un libro. La primera vez, quizás se pasará por alto el pedido y debes consignar el título nuevamente; la vez siguiente te pueden decir que no lo encuentran o que el bibliotecario del departamento correspondiente no vino a trabajar. Puede suceder que el siguiente día en que la biblioteca está abierta tú no puedas asistir, con lo cual pierdes el derecho a reclamar el libro deseado que, en el ínterin, ha sido vuelto a guardar; de modo que te verás obligado a concurrir una cuarta o quinta vez para pedirlo nuevamente y una sexta para, por fin, leerlo".

⁴⁵ Melvil Dewey, "La profesión", en *The American Library Journal*, 1, N° 1 (September 30), 1876, 5-6.

⁴⁶ Haroldo Díes, "Prefacio", en Pierce Butler, Introducción a la biblioteconomía, Ciudad de México, Pax México, 1970, p. 6.

⁴⁷ Jean Key Gates, Introduction to Librarianship, Nueva York, McGraw Hill, 1968, p. 99.

⁴⁸ Lerner, Historia, p. 244.

⁴⁹ Una práctica de gran valor para la formación de bibliotecarios es el examen físico de las colecciones. Una visita atenta, por ejemplo, a los depósitos de la Biblioteca Nacional o de la Biblioteca del Congreso de la Nación echa luz sobre los excedentes bibliográficos que no están adecuadamente catalogados o sobre la existencia de importantes colecciones a las que se ingresa a través de catálogos especiales (usualmente poco conocidos por los lectores).

⁵⁰ Jacques-Charles Brunet en su Manuel du Libraire et de l'Amateur des Livres (1809) dividió el conocimiento humano en cinco géneros principales, a saber, a) teología, b) jurisprudencia, c) historia, d) filosofía y e) literatura, que constituyen la base de su sistema de clasificación. El sistema, que resulta menos claro y completo que el de Dewey, fue muy utilizado en las bibliotecas públicas de Francia durante el siglo XIX. Paul Groussac lo adoptó como sistema de clasificación para nuestra Biblioteca Nacional.



Roberto Casazza es egresado de la carrera de *Filosofía* (orientación en Filosofía Clásica) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Entre 1993 y 1996 realizó estudios de posgrado en la Universidad de Londres, donde completó una maestría sobre arte y filosofía del renacimiento, y en la Universidad de Friburgo en Brisgovia. Desde 1997 ha desarrollado actividades diversas en la Biblioteca Nacional, en la que es actualmente director del *Programa nacional de catalogación, restauración y estudio histórico-crítico de la bibliografía colonial actualmente existente en la República Argentina*. Es asimismo docente de *Historia de la filosofía medieval* en la Universidad de Buenos Aires y de *Historia de la filosofía medieval y del renacimiento* en la Universidad Nacional de Rosario.